

# Sanidad Divina

Andrew Murray



# *Sanidad Divina*

Una serie de Mensajes y Testimonio Personal

**Por Andrew Murray (1828-1917)**

Traducido por Jorge A. Bozzano

jorge.bozzano@gmail.com

Este libro es de dominio público.

Versión utilizada para las Escrituras en español: Reina Valera 1960 (N. del T.)

## **PREFACIO**

La publicación de esta obra puede ser considerada como un testimonio de mi fe en la sanidad divina. Después de haber tenido que parar por más de dos años en el ejercicio de mi ministerio, fui sanado por la misericordia de Dios en respuesta a la oración de los que ven en Él, *"el Señor tu sanador"* (Éxodo 15.26).

Esta sanidad, otorgado a la fe, ha sido la fuente de una rica bendición espiritual para mí. He visto claramente que la Iglesia posee en Jesús - nuestro Divino Sanador - un tesoro inestimable, el cual ella aún no sabe como apreciar. He sido convencido de nuevo de aquello que la Palabra de Dios nos enseña en este asunto, y qué es lo que el Señor espera de nosotros; y estoy seguro que si los Cristianos aprenden a darse cuenta en forma práctica de la presencia del Señor que sana, su vida espiritual va, de esta manera, a ser desarrollada y santificada. Debido a esto, no puedo más guardar silencio, y publico aquí una serie de meditaciones, con miras a mostrar - de acuerdo a la Palabra de Dios - que *"la oración de fe"* (Santiago 5.15) es el medio señalado por Dios para la cura del enfermo, y que esta verdad está en perfecto acuerdo con la Santa Escritura; y que el estudio de esta verdad es esencial para cualquiera que quiera ver al Señor manifestar Su poder y Su gloria en medio de Sus hijos.

**Andrew Murray**

## **Capítulo 1 PERDÓN Y SANIDAD**

*"Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dice entonces al paralítico): Levántate, toma tu cama, y vete a tu casa."* (Mateo 9.6)

En el hombre hay dos naturalezas combinadas. Él es al mismo tiempo espíritu y materia, alma y cuerpo. Por esta razón, por una parte él es el hijo de Dios, y por la otra él está condenado a la destrucción debido a la Caída; el pecado en su alma y enfermedad en su cuerpo son testimonios del derecho que la muerte tiene sobre él. Es esta doble naturaleza la que ha sido redimida por la gracia divina. Cuando el Salmista

llama por sobre todo lo que tiene dentro de él para bendecir al Señor por Sus beneficios, clama: *“Bendice, alma mía, a Yahvé... Él es quien perdona todas tus iniquidades, El que sana todas tus dolencias”* (Sal. 103.2-3). Cuando Isaías predice la liberación de su pueblo, agrega: *“No dirá el morador: Estoy enfermo; al pueblo que more en ella le será perdonada la iniquidad.”* (Is. 33.24)

Esta predicción se cumplió más allá de toda anticipación cuando Jesús el Redentor bajó a la tierra. ¡Cuán numerosas fueron las sanidades hechas por Él, quien vino a establecer sobre la tierra el reino de los cielos! Ya sea por Sus propios actos o después de esto por los mandamientos que Él dejó a sus discípulos, ¿no nos muestra Él claramente que la prédica del Evangelio y la sanidad del enfermo van juntas en la salvación que Él vino a traer? Ambas son dadas como evidencia de prueba de Su misión como el Mesías: *“Los ciegos ven, los cojos andan..., y a los pobres es anunciado el evangelio”* (Mt. 11.5). Jesús, quien tomó sobre Sí alma y cuerpo de hombre, libera a ambos - en igual medida - de la consecuencia del pecado.

Esta verdad en ningún lado es más evidente o mejor demostrada que en la historia del paralítico. El Señor Jesús empieza diciéndole: *“Los pecados te son perdonados”*, (Mt. 9.5) después de lo cual agrega: *“Levántate, toma tu cama, y vete a tu casa.”* El perdón del pecado y la sanidad de la enfermedad se completan una a la otra, porque a los ojos de Dios - quien ve nuestra naturaleza completa - el pecado y la enfermedad están tan estrechamente unidos como el cuerpo y el alma. De acuerdo con las Escrituras, nuestro Señor Jesús ha considerado el pecado y la enfermedad bajo otra luz que la que nosotros tenemos. Para nosotros el pecado pertenece a la esfera espiritual; lo reconocemos de estar bajo el justo desagrado de Dios, justamente condenado por Él, mientras que la enfermedad, por el contrario, parece solamente parte de una condición presente de nuestra naturaleza, y que no tiene nada que ver con la condenación de Dios y Su justicia. Algunos van tan lejos como para decir que la enfermedad es una prueba del amor y gracia de Dios.

Pero ni la Escritura ni aún el Señor Jesucristo mismo nunca hablaron de la enfermedad en esta luz, ni tampoco ninguno de ellos presenta la enfermedad como una bendición, o como una prueba del amor de Dios la cual debemos sobrellevar con paciencia. El Señor habló a los discípulos de diversos sufrimientos el cual ellos deberían sobrellevar, pero cuando Él habla de enfermedad, siempre se refiere a la causa de un mal causado por el pecado y Satanás, y del cual debemos ser liberados. Muy solemnemente Él declara que cada discípulo suyo deberá llevar su propia cruz (Mt. 16.24), pero nunca enseñó que una persona enferma debe resignarse a sí misma a quedar enferma. En todos los lugares donde Jesús sanó a los enfermos, en todas partes, trató la sanidad como una de las gracias pertenecientes al reino de los cielos. El pecado en el alma y la enfermedad en el cuerpo ambas son testigos del poder de Satanás, y *“para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo”*. (1 Jn. 3.8)

Jesús vino a liberar al hombre del pecado y la enfermedad para poder dar a conocer el amor del Padre. Es Sus acciones, en Sus enseñanzas a los discípulos, en la obra de los Apóstoles, el perdón y la sanidad siempre se encuentran juntos. Ya sea el uno o el otro, sin duda, aparecen más de relieve de acuerdo al desarrollo de la fe de aquellos a

quienes ellos hablaron. Algunas veces era la sanidad la que preparó el camino para la aceptación del perdón, otras era el perdón el que precedió la sanidad, la cual, viniendo luego, vino a ser un sello de ello. En la primera parte de Su ministerio, Jesús curó a muchos enfermos, encontrándolos listos para creer en la posibilidad de sus sanidades. De esta manera buscaba influenciar sus corazones a recibirlo como el que era capaz de perdonar los pecados. Cuando vio que el paralítico podía recibir el perdón de golpe, Él empezó por aquello que era de mayor importancia; luego de lo cual vino la sanidad la cual puso el sello al perdón que se le había concedido.

Vemos - por los relatos dados en los Evangelios - que era más difícil para los judíos en ese tiempo el creer en el perdón de sus pecados, que en la sanidad divina. Ahora es todo lo contrario. La Iglesia Cristiana ha oído tanto de la prédica del perdón de los pecados que el alma sedienta fácilmente recibe este mensaje de gracia; pero no ocurre lo mismo con la sanidad divina; de esto raramente se habla; los creyentes que han experimentado esto no son muchos. Es cierto que la sanidad no se da en estos tiempos - como lo fue en aquellos tiempos - a las multitudes a quienes Cristo sanó sin una previa conversión. De modo a recibirla, es necesario empezar por confesar los pecados y el propósito de vivir una vida santa. Esta es sin dudas la razón por la cual la gente encuentra más dificultad creer en la sanidad que en el perdón; y esto también es el por qué aquellos que reciben sanidad, reciben al mismo tiempo nueva bendición espiritual; se sienten más estrechamente unidos al Señor Jesús, y aprenden a amarlo y servirlo mejor. La incredulidad atenta a separar estos dos dones, pero ellos siempre están unidos en Cristo. Él es siempre el mismo Salvador tanto del alma como del cuerpo, igualmente presto a conceder el perdón y la sanidad. El redimido siempre puede clamar: *“Bendice, alma mía, a Yahveh... Él es quien perdona todas tus iniquidades, El que sana todas tus dolencias”* (Salmo 103.2-3).

## **Capítulo 2** **POR VUESTRA POCA FE**

*“Viniendo entonces los discípulos a Jesús, aparte, dijeron: ¿Por qué nosotros no pudimos echarlo fuera? Jesús les dijo: Por vuestra poca fe; porque de cierto os digo, que si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible.”* (Mateo 17.19-20)

Cuando el Señor Jesús envió a sus discípulos a diferentes partes de Palestina, los investió con un doble poder, el de echar espíritus inmundos y el de sanar toda enfermedad y toda dolencia (Mateo 10.1). Hizo lo mismo con los setenta que vinieron de vuelta a Él con gozo, diciendo: *“Señor, aun los demonios se nos sujetan en tu nombre”* (Lucas 10.17). En el día de la Transfiguración, mientras el Señor todavía estaba sobre el Monte, un padre trajo a los discípulos a su hijo el cual estaba poseído por un demonio, buscando que ellos puedan quitarle el espíritu inmundo, pero ellos no pudieron. Cuando, después que Cristo curó al muchacho, los discípulos le preguntaron por qué ellos fueron incapaces de hacerlo ellos mismos como lo hicieron en otros

casos, Su respuesta fue: “*Por vuestra poca fe*”<sup>1</sup>. Fue entonces su incredulidad y no la voluntad de Dios la causa del fracaso de ellos.

En nuestros días se cree poco en la sanidad divina, porque la misma ha desaparecido casi por completo de la Iglesia cristiana. Uno se puede preguntar la razón de esto, y aquí están las dos respuestas que han sido dadas: La mayoría cree que los milagros, incluyendo el don de sanidad, se debió limitar al tiempo de la Iglesia primitiva, que su objetivo era establecer el primer fundamento del Cristianismo, pero que desde ese entonces las circunstancias han cambiado; otros creyentes dicen sin dudar que si la Iglesia ha perdido estos dones, es debido a su propia culpa; es porque ella se ha vuelto mundana que el Espíritu actúa débilmente en ella, y es porque ella no ha permanecido en directa y habitual relación con todo el poder del mundo invisible; pero que si ella viese un nuevo brotar en medio de sus hombres y mujeres que viven la vida de fe y del Espíritu Santo - enteramente consagrados a su Dios - ella de nuevo verá la manifestación del mismo don como en los tiempos antiguos. ¿Cuál de estas dos opiniones coinciden más con la Palabra de Dios? ¿Es por la voluntad de Dios que “los dones de sanidad” [1 Corintios 12.9] han sido suprimidos, o es más bien el hombre responsable de eso? ¿Es la voluntad de Dios que los milagros ya no ocurran? ¿No va Él a dar más - como consecuencia de esto - la fe que los produce? ¿O nuevamente, es la Iglesia quien ha sido la culpable de no tener fe?

¿Qué dice la Escritura?

La Biblia no nos autoriza - ni tampoco por las palabras del Señor a Sus Apóstoles - a creer que los dones de sanidad solo fueron dados para los primeros tiempos de la Iglesia; por el contrario, la promesa que hizo Jesús a los Apóstoles cuando les dio instrucciones concernientes a su misión, un poco antes de Su ascensión, nos parece aplicable a todos los tiempos (Mr. 16.15-18). Pablo pone el don de sanidad entre las operaciones del Espíritu Santo. Santiago da un mandamiento preciso sobre este asunto sin ninguna restricción de tiempo. Toda la Escritura declara que estas gracias serán concedidas de acuerdo a la medida del Espíritu y de fe.

También se alega que al principio de cada nueva dispensación Dios obra milagros, que eso es Su ordinario curso de acción; pero no es nada de eso. Piense en el pueblo de Dios en la antigua dispensación, en los tiempos de Abraham, y a través de la vida de Moisés, en el éxodo de Egipto, bajo Josué, en el tiempo de los Jueces y de Samuel, bajo el reinado de David y de otros reyes buenos hasta los tiempos de Daniel: durante más de mil años los milagros ocurrieron.

Pero se dice que los milagros eran mucho más necesarios en los primeros tiempos del Cristianismo que después. Pero ¿y qué del poder del paganismo aun en estos días, dondequiera que el Evangelio necesita combatirlo? Es imposible admitir que los milagros eran más necesarios para los paganos en Éfeso (Hechos 19.11, 12) que para los paganos de África en este tiempo presente. Y si pensamos acerca de la ignorancia e incredulidad que reina aún en medio de las naciones Cristianas, ¿no estamos siendo conducidos a concluir que hay una necesidad de manifestar los hechos del poder de Dios para sostener el testimonio de los creyentes y probar que Dios está en medio de

---

<sup>1</sup> En la versión en inglés dice: “Por vuestra incredulidad.” (N. del T.)

ellos? Además, entre los mismos creyentes, ¡cuánta duda y cuánta debilidad hay! ¡Cuánto su fe necesita ser despertada y estimulada por alguna prueba evidente de la presencia del Señor en medio de ellos! Una parte de nuestro ser consiste en carne y sangre; es por eso que en carne y sangre la voluntad de Dios manifiesta Su presencia.

De manera a probar que es la incredulidad de la Iglesia la que ha perdido el don de sanidad, veamos lo que la Biblia dice acerca de eso. ¿No nos pone a menudo en guardia en contra de la incredulidad, contra todo aquello que pueda alejarnos y volvernos de Dios? ¿No nos muestra la historia de la Iglesia la necesidad de estas advertencias? ¿No nos provee con numerosos ejemplos de los pasos del volverse atrás, de agrandar al mundo, en donde la fe crece débilmente en la medida exacta en la cual el espíritu del mundo toma la delantera? Debido a eso, la fe solo es posible para aquel que vive en el mundo invisible. Hasta el tercer siglo las sanidades por fe en Cristo fueron numerosas, pero en los siglos siguientes ellas se volvieron más infrecuentes. Sabemos por la Biblia que siempre es la incredulidad lo que oculta la obra poderosa de Dios.

Oh, ¡que pudiéramos aprender a creer en las promesas de Dios! Dios no se ha vuelto atrás en cuanto a Sus promesas; Jesús todavía es quien sana tanto el alma como el cuerpo; la salvación nos ofrece aun ahora tanto sanidad como santidad, y el Espíritu Santo siempre está dispuesto a darnos algunas manifestaciones de Su poder. Aún cuando preguntamos por qué este poder divino no se ve tan a menudo, Él nos contesta: “Por vuestra poca fe”. Cuanto más nos demos a nosotros mismos a experimentar personalmente la santificación por fe, más vamos a experimentar la sanidad por fe. Estas dos doctrinas caminan a la par. Cuánto más el Espíritu de Dios actúa en el alma de los creyentes, más se van a multiplicar los milagros por los cuales Él obra en el cuerpo. Y debido a esto, el mundo puede reconocer lo que significa la redención.

### Capítulo 3 JESÚS Y LOS DOCTORES

*“Pero una mujer que desde hacía doce años padecía de flujo de sangre, y había sufrido mucho de muchos médicos, y gastado todo lo que tenía, y nada había aprovechado, antes le iba peor, cuando oyó hablar de Jesús, vino por detrás entre la multitud, y tocó su manto. Porque decía: Si tocare tan solamente su manto, seré salva. Y en seguida la fuente de su sangre se secó; y sintió en el cuerpo que estaba sana de aquel azote. Luego Jesús, conociendo en sí mismo el poder que había salido de él, volviéndose a la multitud, dijo: ¿Quién ha tocado mis vestidos? Sus discípulos le dijeron: Ves que la multitud te aprieta, y dices: ¿Quién me ha tocado? Pero él miraba alrededor para ver quién había hecho esto. Entonces la mujer, temiendo y temblando, sabiendo lo que en ella había sido hecho, vino y se postró delante de él, y le dijo toda la verdad. Y él le dijo: Hija, tu fe te ha hecho salva; ve en paz, y queda sana de tu azote.” (Marcos 5.25-34)*

Debemos estar agradecidos a Dios por habernos dado doctores. Su vocación es una de las más nobles, porque un gran número de ellos buscan realmente hacer - con amor

y compasión - todo lo que puedan para aliviar los males y sufrimientos que sobrelleva la humanidad debido al pecado. Hay inclusive algunos que son celosos siervos de Jesucristo, y que buscan también el bien de las almas de sus pacientes. Con todo, es Jesús mismo quien siempre es el primero, el mejor, y el más grande de los Médicos.

Jesús sana enfermedades sobre las cuales los médicos terrenales nada pueden hacer, porque el Padre le ha dado este poder cuando le encargó la obra de la redención. Jesús, al tomar sobre sí un cuerpo humano, lo liberó del dominio del pecado y de Satanás; Él ha hecho nuestros cuerpos templos del Espíritu Santo y miembros de Su nuevo cuerpo (1 Cor. 6.15, 19), y aún en nuestros días, ¡cuántos casos los cuales los médicos lo dieron por incurables, casos de tuberculosis, de gangrena, parálisis, epilepsia, ceguera y sordera, han sido curados por Él! ¿No es por lo tanto asombroso que tan poco número de los enfermos se dirijan a Él?

El método de Jesús es bastante diferente al de los médicos terrenales. Ellos buscan servir a Dios haciendo uso de remedios los cuales se encuentran en el mundo natural, y Dios hace uso de estos remedios de acuerdo a la ley natural, conforme a las propiedades naturales de cada uno de ellos, mientras que la sanidad que proviene de Jesús es de un orden totalmente diferente; es por medio del poder divino, del poder del Espíritu Santo, que Jesús cura. Y por eso, la diferencia entre estos dos modelos de sanidad es muy marcada. Para que podamos entenderlo mejor tomemos un ejemplo: aquí tenemos un médico que no es creyente, pero extremadamente bueno en su profesión; muchas personas sanas le deben su salud. Dios da estos resultados por medio de remedios prescritos, y el conocimiento de dichos remedios de parte del médico. Aquí tenemos otro médico que sí es creyente, y quien ora a Dios para que bendiga los remedios que él emplea. En este caso también un gran número son sanados, pero ni en el primer caso ni en el otro la sanidad trae consigo una bendición espiritual. Ellos van a preocuparse - aun los que de entre ellos son creyentes - sobre los remedios que ellos usan, mucho más de lo que el Señor pueda estar haciendo con ellos, y en tal caso su sanidad va a ser más perjudicial que beneficiosa. Por el contrario, cuando es solo Jesús a quien la persona enferma se dirige por sanidad, él aprende a no contar más con los remedios, sino a ponerse a sí mismo en una relación directa con Su amor y Su poder. De modo a obtener tal sanidad, él debe comenzar por confesar sus pecados y renunciar a ellos, y ejercitar una fe viva. La sanidad vendrá directamente del Señor, quien toma posesión del cuerpo enfermo, y así se convierte en una bendición tanto para el alma como para el cuerpo.

“¿Pero acaso no es Dios quien ha dado los remedios al hombre?” se suele preguntar. “¿Acaso el poder curativo de los remedios no viene de Él?” Sin duda; pero por otro lado, ¿no es Dios quien nos ha dado Su Hijo con todo el poder para sanar? ¿Debemos seguir el camino de la ley natural con todos aquellos que aun no conocen a Cristo, y también con aquellos de Sus hijos cuya fe es todavía demasiado débil para abandonarse ellos mismos a todo Su poderío; o en vez de eso elegimos el camino de la fe, recibiendo sanidad del Señor y del Espíritu Santo, viendo de ahí en más los resultados y la prueba de nuestra redención?

La sanidad que es forjada por nuestro Señor Jesús trae consigo y deja a su paso una bendición más real que la sanidad obtenida a través de los médicos. La sanidad ha sido



una desgracia para más de una persona. En el lecho de la enfermedad serios pensamientos han sido tenidos en cuenta, pero desde el momento en que tal persona se curó ¡cuán a menudo el enfermo fue hallado nuevamente apartado del Señor! No sucede así cuando es Jesús quien sana. La sanidad es concedida después de la confesión de los pecados; y eso hace que el enfermo se acerque más a Jesús, y que establezca una nueva relación con el Señor; causa que experimente Su amor y poder: empieza dentro de él una nueva vida de fe y santidad. Cuando la mujer que tocó el borde del manto de Jesús sintió que se había sanado, aprendió algo de lo que el amor divino significa. Ella se alejó con las palabras: *“Mujer, tu fe te ha salvado: ve en paz”*.

¡Oh!, usted que está padeciendo de alguna enfermedad, sepa que Jesús el soberano Sanador está aun en medio nuestro. Él está cercano a nosotros y da de nuevo a Su Iglesia pruebas manifiestas de Su presencia. ¿Está usted listo para romper con el mundo, para abandonarse a Él con fe y confianza? Entonces no tema, recuerde que la sanidad divina es una parte de la vida de fe. Si nadie alrededor suyo puede ayudarle en oración, si ningún “anciano” está cerca para orar la oración de fe, no tema de ir usted mismo al Señor en el silencio de la soledad, como la mujer que tocó el borde de Su manto. Encomiéndele el cuidado de su cuerpo. Vaya pronto ante Él y diga como la pobre mujer dijo: *“Seré salva”*. Tal vez lleve un tiempo para romper las cadenas de su falta de fe, pero con seguridad nadie que espera en Él será confundido (Salmo 25:3).

#### **Capítulo 4**

### **SALUD Y SALVACIÓN POR EL NOMBRE DE JESÚS**

*“Y por la fe en su nombre, a éste, que vosotros veis y conocéis, le ha confirmado su nombre; y la fe que es por él ha dado a éste esta completa sanidad en presencia de todos vosotros... sea notorio a todos vosotros, y a todo el pueblo de Israel, que en el nombre de Jesucristo de Nazaret, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de los muertos, por él este hombre está en vuestra presencia sano... Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos.” (Hechos 3.16; 4.10, 12)*

Cuando después de Pentecostés el parálítico fue sanado a través de Pedro y Juan en la puerta del templo, fue en “el nombre de Jesucristo de Nazaret” que ellos le dijeron: “Levántate y anda”, y tan pronto como la gente en su asombro corrió junto a ellos, Pedro declaró que fue el nombre de Jesús el que sanó completamente a ese hombre.

Como resultado de este milagro y del discurso de Pedro, muchas personas que oyeron la Palabra, creyeron (Hechos 4.4). Al día siguiente Pedro repitió esas palabras ante el Sanedrín: *“Que en el nombre de Jesucristo de Nazaret, a quien vosotros crucificasteis... por él este hombre está en vuestra presencia sano...”*, y agregó: *“Porque no hay otro nombre bajo el cielo... en que podamos ser salvos.”* Estas palabras de Pedro nos declaran que el nombre de Jesús sana tanto como salva. Tenemos aquí una enseñanza de la más alta importancia con relación a la sanidad divina.

Vemos que la sanidad y la salud forman parte de la salvación de Cristo. ¿No establece claramente Pedro en su discurso al Sanedrín donde - habiendo hablado de sanidad - inmediatamente prosigue hablando de la salvación por Cristo? (Hechos 4.10, 12). En el cielo aún nuestros cuerpos tendrán su parte en la salvación; la salvación no será completa para nosotros hasta que nuestros cuerpos puedan gozar la completa redención de Cristo. ¿Por qué entonces no deberíamos creer en esta obra de redención para aquí abajo? Aun ya mismo aquí en la tierra, la salud de nuestros cuerpos es un fruto de la salvación la cual Jesús ha adquirido para nosotros.

Vemos también que la salud tanto como la salvación debe ser obtenida por fe. La tendencia del hombre por naturaleza es tratar de obtener la salvación por obras, y es solo con dificultad que él termina recibéndola por fe; pero cuando es un asunto de la sanidad del cuerpo, él tiene aun más dificultad en apoderarse de ella. En cuanto a la salvación, termina por aceptarla porque por ningún otro medio él puede abrir la puerta del cielo; mientras que para el cuerpo, él hace buen uso de los remedios. ¿Por qué entonces buscaría la sanidad divina? Feliz es aquel que entiende que ésa es la voluntad de Dios; que Dios desea manifestar el poder de Jesús, y también revelarnos Su amor paternal; para ejercitar y confirmar nuestra fe, y hacernos probar el poder de la redención tanto en el cuerpo como en el alma. El cuerpo es parte de nuestro ser; aún el cuerpo ha sido salvado por Cristo; debido a eso, es en nuestro cuerpo que nuestro Padre desea manifestar el poder de la redención, y dejar que el hombre vea que Jesús vive. ¡Oh, que podamos creer en el nombre de Jesús! ¿No fue en el nombre de Jesús que una perfecta salud fue dada a ese hombre impotente? ¿Y no fueron estas palabras: *"Tu fe te ha salvado"*, pronunciadas cuando el cuerpo fue sanado? Busquemos entonces el obtener la sanidad divina.

Donde sea que el Espíritu actúa con poder, ahí Él obra sanidades divinas. ¿No parecería que si alguna vez los milagros fueron poderosos, fue en Pentecostés, porque ahí la palabra de los Apóstoles obró poderosamente, y el derramamiento del Espíritu Santo fue abundante? Bien, es precisamente porque el Espíritu actuó poderosamente que Su obra debe necesitar ser visible en el cuerpo. Si la sanidad divina es raramente vista en nuestros días, no podemos atribuir a otra causa que la que el Espíritu no actúa con poder. La incredulidad de lo mundanal y la falta de celo entre los creyentes detiene Su obrar. La sanidad que Dios está dando aquí y allá son los signos precursores de todas las gracias espirituales que nos fueron prometidas, y es solamente el Espíritu Santo quien revela todo el poder del nombre de Jesús que opera tales sanidades. Oremos fervientemente por el Espíritu Santo, pongamos sin reservas bajo Su dirección, y busquemos estar firmes en nuestra fe en el nombre de Jesús, ya sea para predicar salvación, o para la obra de sanidad.

Dios concede sanidad para glorificar el nombre de Jesús. Busquemos ser sanados por Jesús para que Su nombre pueda ser glorificado. Es triste ver como tan poco el poder de Su nombre es reconocido, cuán poco es el resultado del predicar y del orar. Tesoros de gracia divina - de los cuales los cristianos se privan a sí mismos por su falta de fe y celo - se encuentran escondidos en el nombre de Jesús. Es la voluntad de Dios glorificar a Su Hijo en la Iglesia; y Él lo va a ser dondequiera que encuentre fe. Ya sea entre creyentes o entre paganos, Él está presto con virtud de lo alto para

despertar conciencias y traer corazones a la obediencia. Dios está presto para manifestar todo Su poder en Su Hijo, y hacerlo de una manera sorprendente tanto en el cuerpo como en el alma. Creámoslo por nosotros mismos; creámoslo para otros; para el círculo de creyentes alrededor nuestro, y también para la Iglesia en todo el mundo. Démonos nosotros mismos a creer con fe firme en el poder del nombre de Jesús; pidamos grandes cosas en Su nombre, contemos con Su promesa, y veremos que Dios todavía hace maravillas por el nombre de Su santo Hijo.

## **Capítulo 5** **NO POR NUESTRO PODER**

*“Viendo esto Pedro, respondió al pueblo: Varones israelitas, ¿por qué os maravilláis de esto? ¿o por qué ponéis los ojos en nosotros, como si por nuestro poder o piedad<sup>2</sup> hubiésemos hecho andar a éste?”* (Hechos 3.12)

Tan pronto como el hombre fue sanado a la puerta del templo a través de Pedro y Juan, la gente corrió hacia ellos. Pedro, viendo que este milagro fue atribuido a su poder y piedad, no perdió tiempo en corregir las cosas diciéndoles que toda la gloria de este milagro pertenecía a Jesús, y de que es en Él en quien debemos creer.

Pedro y Juan estaban indudablemente llenos de fe y santidad; tal vez ellos hayan sido los más santos y celosos siervos de Dios en su tiempo, de otra manera Dios no los hubiera escogido como instrumentos en este caso de sanidad. Pero ellos sabían que su santidad de vida no era de ellos mismos, sino que era de Dios a través del Espíritu Santo. Ellos pensaban tan poco de ellos mismos que ignoraron su propia santidad pues sabían una sola cosa: que todo el poder pertenecía a su Maestro. Entonces se apresuran a declarar que en este asunto ellos no cuentan para nada, que es una obra solo del Señor. Este es el objeto de la sanidad divina; que sea una prueba del poder de Jesús, un testimonio a los ojos del hombre de lo que Él es, proclamando Su intervención divina, y atrayendo los corazones hacia Él. *“No por nuestro poder o piedad”*. Así se vuelve el hablar de aquellos a quienes el Señor se complace en utilizar para ayudar a los demás por su fe.

Es necesario insistir en esto debido a la tendencia de los creyentes a pensar lo contrario. Aquellos quienes han recuperado su salud en respuesta a la *“oración de fe”*, a *“la oración eficaz del justo puede mucho”* (Stg. 5.16), están en peligro de estar muy ocupados con el instrumento humano al cual Dios se agradó en usar, y en pensar que el poder descansa en la piedad del hombre.

Sin lugar a dudas la oración de fe es el resultado de una santidad real, pero aquellos que la poseen serán los primeros en reconocer que ella no proviene de ellos mismos, ni de ningún esfuerzo propio. Ellos temen en robar al Señor hasta la más mínima partícula de la gloria que le pertenece solo a Él, y saben que si hacen eso, lo van a obligar a retirar Su gracia de ellos. Es su gran deseo ver que las almas que Dios bendijo a través de ellos, entran en una directa y cada vez mayor intimidad de

---

<sup>2</sup> La versión de la Biblia en inglés dice “santidad”. (N. del T.)

comuni3n con el mismo Se1or Jesucristo, ya que eso es el resultado que su sanidad debe producir. Y as3, ellos insisten que eso no es producido por su propio poder o piedad.

Tal testimonio de parte de ellos es necesario para responder las err3neas acusaciones de los incr3dulos. La Iglesia de Cristo necesita o3r claramente el anuncio que es debido a su mundanalidad e incredulidad que ella ha perdido estos dones espirituales de sanidad (1 Cor. 12.9) y que el Se1or lo restaura a aquellos que con fe y obediencia, han consagrado su vida a 3l. Esta gracia no puede reaparecer sin antes ser precedida por una renovaci3n de fe y piedad. Pero entonces - dice el mundo - y con ello un gran n3mero de cristianos, "Ustedes est3n demandando la posesi3n de un orden superior de fe y piedad; ustedes se consideran m3s santos que los dem3s". A tales acusaciones esta palabra de Pedro es la 3nica respuesta ante Dios y los hombres, confirmada por una vida de profunda y real humildad: "*No por nuestro poder ni piedad*". "*No a nosotros, oh Yahv3, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria, por tu misericordia, por tu verdad.*" (Salmo 115.1). Tal testimonio es tambi3n necesario en vista de nuestro propio coraz3n y de los enga1os de Satan3s. En tanto que - debido a la infidelidad de la Iglesia - los dones de sanidad sean raramente dados, aquellos hijos de Dios que han recibido estos dones est3n en peligro de volverse orgullosos sobre eso, y de imaginar que ellos tienen en s3 mismos algo excepcionalmente meritorio. El enemigo no se olvida de perseguirlos con tales insinuaciones, y ay de ellos si lo escuchan. Ellos no son ignorantes de sus maquinaciones, por eso necesitan orar continuamente al Se1or para que los guarde en humildad, que es el medio verdadero de obtener continuamente m3s gracia. Si ellos perseveran en humildad, reconocer3n que cuanto m3s los usa el Se1or, tanto m3s ser3n penetrados con la convicci3n de que es solo Dios quien obra por medio de ellos, y que toda la gloria le pertenece a 3l. "*Pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo*" (1 Cor. 15.10). Tal es su santo y se1a. Finalmente, este testimonio es 3til para los d3biles que anhelan salvaci3n, y que desean recibir a Cristo como su Sanador. Ellos oyeron de la consagraci3n plena y de la plena obediencia, pero se forman una idea falsa de ello. Piensan que deben obtener un mayor nivel de conocimiento y de perfecci3n, y terminan siendo presas del desaliento. No, no; no es por nuestro propio poder o piedad que obtenemos estas gracias, sino por una fe muy simple, fe como la de un ni1o, el cual sabe que no tiene poder o piedad suyos propios, y se encomienda a s3 mismo completamente a 3l quien es fiel, y cuyo poder3o puede cumplir Su promesa. ¡Oh, no busquemos hacer o ser nada de nosotros mismos! Es solo cuando sentimos nuestra propia impotencia, y esperamos todo de Dios y Su Palabra, que nos damos cuenta del glorioso camino por el cual el Se1or sana las enfermedades "por fe en Su nombre".

## **Cap3tulo 6** **DE ACUERDO A LA MEDIDA DE LA FE**

*"Entonces Jes3s dijo al centuri3n: V3, y como cre3ste, te sea hecho. Y su criado fue sanado en aquella misma hora."* (Mateo 8.13)

Este pasaje de la Escritura trae ante nosotros una de las principales leyes del reino de los cielos. De modo a entender los caminos de Dios con Su pueblo, y nuestra relación con el Señor, es necesario entender profundamente esta ley y no desviarnos de ella. No solo Dios da o retiene Sus dones de acuerdo a la fe o incredulidad de cada uno, sino que además ellos son concedidos en mayor o menor medida solo en proporción a la fe del que los recibe. Dios respeta el derecho de decidir sobre aquello que Él le ha conferido al hombre. Por eso, Él solo puede bendecirnos en la medida en que cada uno cede de sí mismo a Su divino obrar, y le abre a Él todo su corazón. Fe en Dios no es nada más que abrir completamente el corazón para recibir todo de Dios: debido a eso el hombre solo puede recibir gracia divina de acuerdo a su propia fe; y esto se aplica tanto a la sanidad divina como a cualquier otra gracia de Dios.

Esta verdad es confirmada por la bendición espiritual que pueda resultar de la enfermedad. Dos preguntas se hacen a menudo: (1) ¿Es la voluntad de Dios que Sus hijos algunas veces permanezcan en un estado prolongado de enfermedad? (2) Debido a que es una cosa reconocida que la sanidad divina trae consigo una bendición espiritual más grande que la misma enfermedad, ¿por qué Dios permite a ciertos de Sus hijos el continuar enfermos a través de muchos años, y por qué en esta condición les da bendiciones en santificación y en comunión con Él mismo? La respuesta a estas dos preguntas es que Dios da a Sus hijos de acuerdo a la fe de ellos. Ya hemos tenido ocasión de señalar que en el mismo grado en que la Iglesia se ha vuelto mundana, su fe en la sanidad divina ha disminuido hasta el punto de casi desaparecer. Los creyentes parecen no darse cuenta que ellos pueden pedir a Dios por la sanidad de los enfermos, y debido a eso ellos pueden ser santificados y amoldarse para Su servicio. Ellos solamente buscan sumisión a Su voluntad con respecto a la enfermedad como un medio para estar separados del mundo. En tales condiciones, el Señor les da lo que piden. Él está presto para darles aún más, concederles sanidad en respuesta a la oración de fe, pero tienen falta de fe para recibirla. Dios siempre cumple con Sus hijos donde se encuentren, con todo lo débiles que puedan ser. Por eso, los enfermos que tienen deseos de recibirle a Él con todo su corazón, recibirán de Él los frutos de la enfermedad en su deseo de que sus voluntades sean conformadas a la voluntad de Dios. Ellos pudieron haber estado capacitados para recibir sanidad como adición, como prueba de que Dios aceptó sus sumisiones; si esto no ha sido así, es porque la fe les ha faltado para pedirlo.

*“Como creíste, te sea hecho”*. Estas palabras dan la respuesta también a otra pregunta: ¿Cómo puede usted decir que la sanidad divina trae consigo muchas más bendiciones espirituales, cuando uno ve que el gran número de aquellos que fueron sanados por el Señor no recibieron nada más que una liberación de su presente sufrimiento, sin que den ninguna prueba de que ellos también fueron bendecidos espiritualmente? Aquí, de nuevo, así como creyeron, así les fue hecho.

Un buen número de personas enfermas, habiendo sido testigo de las sanidades de otros, ganaron suficiente confianza en Jesús como para ser sanados, y Jesús les concedió su pedido, sin agregar otras bendiciones para sus almas. Antes de Su ascensión el Señor no tenía tan libre la entrada en los corazones del hombre como la tiene ahora, porque *“aún no había venido el Espíritu Santo”* (Jn. 7.39). La sanidad de

los enfermos no era mucho más que una bendición para el cuerpo. Fue solo después - en la dispensación del Espíritu - que la convicción y confesión de pecados se volvieron para el creyente la primera gracia a ser recibida; la condición esencial para obtener sanidades, como San Pablo nos dice en su Epístola a los Corintios, y Santiago en la suya a las doce tribus de la dispersión (1 Cor. 11.31, 32; Stg. 5.16). Y así, el grado de gracia espiritual que es posible para nosotros recibir, depende de la medida de nuestra fe, ya sea para su manifestación eterna, o ya sea especialmente para su influencia sobre nuestra vida interior.

Recomendamos para cada doliente que está buscando sanidad, y que busca conocer a Jesús como su divino Sanador, que no se obstaculice a sí mismo por su incredulidad; a no dudar de las promesas de Dios, y así ser “fuerte en la fe, dando gloria a Dios” como Le es debida. “Como creíste, te sea hecho”. Si con todo su corazón confía en el Dios vivo, usted será abundantemente bendecido; no dude de ello.

La parte de la fe es siempre asirse sobre aquello que parece imposible o extraño a los ojos humanos. Dejemos que nos consideren insensatos por amor de Cristo (1 Cor. 4.10). No temamos pasar como personas de mentes débiles a los ojos del mundo y de tales cristianos que son ignorantes de estas cosas, porque, en la autoridad de la Palabra de Dios, creemos en aquello que otros no pueden admitir. Por eso, no permita ser desalentado en su expectación aunque Dios quiera retrasar su respuesta, o si su enfermedad se agrava. Una vez que haya puesto firmemente su pie en la inconmovible roca de la propia Palabra de Dios, y habiendo orado al Señor para que manifieste su potencia en su cuerpo porque usted es un miembro de Su cuerpo, y templo del Espíritu Santo, persevere en creer en Él con la firme seguridad que Él ya ha emprendido a hacerlo, que Él se ha hecho a Sí mismo responsable por su cuerpo, y que Su virtud sanadora va a venir para que Él sea glorificado en usted.

## **Capítulo 7** **EL CAMINO DE LA FE**

*“E inmediatamente el padre del muchacho clamó y dijo: Creo; ayuda mi incredulidad.”* (Mar. 9.24)

Estas palabras han sido una ayuda y fortaleza a miles de almas en su búsqueda de salvación y de los dones de Dios. Note que es en relación a un muchacho afligido que ellas fueron pronunciadas, en la lucha de fe cuando se buscaba sanidad de parte del Señor Jesús. En ellas vemos que en una misma persona y alma puede surgir una lucha entre fe e incredulidad, y que no es sin lucha que venimos a creer en Jesús y en todo Su poder para sanar al enfermo. En esto encontramos la necesaria fortaleza para la realización del poder del Salvador.

Hablo aquí especialmente a los dolientes que no dudan del poder o de la voluntad del Señor Jesús para sanar en estos días sin el uso de remedios terrenales, pero carecen de la osadía de aceptar sanidad para ellos mismos. Ellos creen en el poder divino de Cristo, creen de una manera general de Su buena voluntad para sanar; han adquirido - ya sea por las Escrituras, o por hechos de sanidad realizados solo por el Señor que han

tenido lugar en nuestros días - la persuasión intelectual que el Señor les puede ayudar aun a ellos, pero se vuelven a echar atrás de aceptar la sanidad, y de decir: “El Señor me ha oído, sé que Él me está sanando”.

Note primeramente que sin fe nadie puede ser sanado. Cuando el padre del joven afligido dijo a Jesús: “*Si puedes hacer algo, ten misericordia de nosotros, y ayúdanos*”, Jesús respondió: “*Si puedes creer*”. Jesús tenía el poder de sanar y estaba presto a hacerlo, pero Él pasa la responsabilidad al hombre. “*¡Si puedes! Todas las cosas son posibles para aquel que cree*”. De manera a obtener tu sanidad de Jesús, no es suficiente orar. La oración sin fe no tiene poder. Es la “*oración de fe*” la cual salva al enfermo (Stg. 5.15). Si usted ya ha pedido sanidad al Señor, o si otros la han pedido por usted, debe - antes de que sea conciente de cualquier cambio - poder estar en condiciones de decir: “En la autoridad de la Palabra de Dios tengo la seguridad que Él me oye y que yo seré sanado”. Tener fe significa en su caso rendir su cuerpo absolutamente en las manos del Señor. La fe recibe sanidad como una gracia espiritual la cual procede del Señor aun cuando no hay un cambio conciente en el cuerpo. La fe puede glorificar al Señor y decir: “*Bendice, alma mía, a Yahvé... El que sana todas tus dolencias*” (Salmo 103.1-3). El Señor requiere esta fe para que Él pueda sanar. Pero ¿y cómo se obtiene tal fe? Diga al Señor acerca de la incredulidad que usted encuentra en su corazón y cuente con Él que lo libere de eso. La fe no es un dinero por el cual su sanidad pueda ser comprada del Señor. Es Él quien desea despertarlo y desarrollar en usted la fe necesaria. “*Ayuda mi incredulidad*”, clamó el padre del muchacho.

Fue su deseo ardiente que esta fe no se quede corta. Confíese al Señor todas las dificultades que usted tiene para creerle con base en Su Palabra; dígame que quiere deshacerse de esta incredulidad, que se la lleva a Él con toda su confianza solo en Su Palabra. No pierda tiempo en deplorar su incredulidad, sino mire a Jesús. La luz de su rostro le permitirá encontrar el poder para creer en Él (Sal. 44.3). Él le llama a que confíe en Él; óigalo, y por Su gracia, la fe triunfará en usted. Dígame: “Señor, todavía estoy conciente de la incredulidad que hay en mí. Encuentro difícil creer que estoy seguro de mi sanidad porque poseo a Aquel que la obra. Y, debido a esto, quiero conquistar esta incredulidad. Tú, Señor, me darás la victoria. Deseo creer; voy a creer, por Tu gracia me atrevo a decir que puedo creer. Sí, Señor, creo, porque Tú vienes a ayudarme en mi incredulidad”. Es entonces cuando estamos en íntima comunión con el Señor - y cuando nuestro corazón responde al de Él - que la incredulidad es vencida y conquistada.

Es necesario también testificar a la fe que uno tiene. Resuélvase a creer aquello que el Señor se lo dice a usted. Crea, por sobre todo, que Él es. Apóyese completamente sobre Sus promesas. “*La oración del justo salvará al enfermo*”. “*Yo soy el Señor tu Sanador*” (Ex. 15.26). Mire a Jesús, quien “*llevó nuestra enfermedades*” (Mat. 8.17), y Quien sanó a todos los que a Él vinieron; cuente con el Espíritu Santo para que manifieste en su corazón la presencia de Jesús quien también ahora está en el cielo, y que obre también en su cuerpo por el poder de Su gracia. Alabe al Señor sin esperar sentirse mejor, o de tener más fe. Alábele y diga con David: “*Yahvé, Dios mío, A ti clamé, y me sanaste*” (Sal. 30.2). La sanidad divina es una gracia espiritual la cual

solamente puede ser recibida espiritualmente y por fe antes de sentir sus efectos en el cuerpo. Acéptelo, y dé gloria a Dios. Cuando el Señor Jesús ordenó al espíritu inmundo a que salga del muchacho, el espíritu salió con violencia, de manera que el muchacho quedó como muerto, tanto como muchos dicen “está muerto”. Si, debido a esto, su enfermedad no cede de golpe, si Satanás y su propia incredulidad intentan tomar la delantera, no le preste atención, adhiérase a Jesús su Sanador, y Él con seguridad lo sanará.

## **Capítulo 8**

### **SU CUERPO ES EL TEMPLO DEL ESPÍRITU SANTO**

*“¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Quitaré, pues, los miembros de Cristo y los haré miembros de una ramera? De ningún modo.”*

*“¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios.” (1 Corintios 5.15, 19-20)*

La Biblia nos enseña que el Cuerpo de Cristo es la compañía del hombre fiel. Estas palabras son tomadas generalmente en su sentido espiritual, mientras que la Biblia nos pregunta positivamente si es que no sabemos que nuestros cuerpos son los miembros de Cristo. De la misma manera, cuando la Biblia habla de morada del Espíritu Santo o de Cristo, limitamos Su presencia a la parte espiritual de nuestro ser: el alma, o nuestro corazón. Sin embargo la Biblia expresamente dice: *“¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo?”* Cuando la Iglesia entiende que el cuerpo también tiene parte en la redención la cual es por Cristo, por el cual el mismo debe ser traído a su destino original, para ser el lugar de morada del Espíritu Santo, para servir como Su instrumento, para ser santificado por Su presencia, ella también va a reconocer todos los lugares donde la sanidad divina está en la Biblia y en los consejos de Dios.

El relato de la creación nos muestra que el hombre está compuesto de tres partes. Dios primeramente formó el cuerpo del polvo de la tierra, luego de lo cual Él sopló dentro de él “aliento de vida”. Él sopló Su propia vida, Su espíritu, para que entre en ese cuerpo. Por medio de esta unión del Espíritu con la materia, el hombre vino a ser un “alma viviente”. El alma, la cual es esencialmente el hombre, encuentra su lugar entre el cuerpo y el espíritu; es la relación que une a ambos. Por medio del cuerpo el alma se encuentra en relación con el mundo externo; por el espíritu se encuentra con el mundo invisible y con Dios. Por medio del alma, el espíritu puede sujetar al cuerpo a la acción de las fuerzas celestiales y así poder espiritualizarlo; por medio del alma, el cuerpo también puede actuar sobre el espíritu y atraerlo hacia lugares terrenales. El alma, sujeta a las solicitudes tanto del espíritu como del cuerpo, está en una posición de elegir entre la voz de Dios, hablando por el Espíritu, o la voz del mundo, hablando a través de nuestros sentidos.



Esta unión de espíritu y cuerpo forma una combinación la cual es única en la creación: hace que el hombre sea la joya de la obra de Dios. Otras criaturas ya habían existido anteriormente; algunas, como los ángeles, eran todo espíritu, sin un cuerpo material, y otros, como los animales, eran solamente carne, poseyendo cuerpos animados con un alma viviente, pero careciendo de espíritu. El hombre fue destinado a mostrar que el cuerpo material, gobernado por el espíritu, era capaz de ser transformado por el poder del Espíritu de Dios, y poder así, participar de la gloria celestial.

Sabemos lo que el pecado y Satanás hicieron con esta posibilidad de transformación gradual. Por medio del cuerpo, el espíritu fue tentado, seducido, y vino a ser un esclavo de los sentidos. Sabemos también lo que Dios ha hecho para destruir las obras de Satanás y para cumplir los propósitos de la creación. *“Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo”* (1 Jn. 3.8b). Dios preparó un cuerpo para Su Hijo (Heb. 10:5). *“Y aquel Verbo fue hecho carne”* (Jn. 1.14). *“Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad”* (Col. 2.9). *“Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero”* (1 Pe. 2.24a). Y ahora Jesús, resucitado de entre los muertos con un cuerpo tan libre del pecado como Su espíritu y Su alma, comunica a nuestros cuerpos la virtud de Su cuerpo glorificado. La cena del Señor es *“la comunión del cuerpo de Cristo”*; y nuestros cuerpos son *“los miembros de Cristo”* (1 Cor. 10.16; 6.15; 12.27).

La fe nos pone en posesión de todo lo que la muerte de Cristo y Su resurrección han conseguido para nosotros, y no es solamente en nuestro espíritu y alma que la vida del Jesús resucitado manifiesta Su presencia aquí abajo; es también en el cuerpo para que pueda obrar de acuerdo a la medida de la fe.

*“¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo?”* Muchos creyentes piensan que el Espíritu Santo viene a morar en nuestros cuerpos como se mora en una casa. Nada de esto. Yo puedo morar en una casa sin que ella represente parte de mi ser. Yo la puedo dejar sin sufrir; no existe una unión vital entre mi casa y yo. No es así con la presencia de nuestra alma y espíritu en nuestro cuerpo. La vida de una planta vive en ella e impregna cada parte de ella; y nuestra alma no está limitada a tal o cual parte del cuerpo, el corazón o la cabeza por ejemplo, sino que penetra profundamente, aun hasta el fondo de los miembros más bajos. La vida del alma impregna todo el cuerpo; esta vida en todo el cuerpo es prueba de la presencia del alma. Es de esta misma manera que el Espíritu Santo viene a morar en nuestro cuerpo. Él lo penetra enteramente. Él nos anima y nos posee infinitamente más de lo que nos podemos imaginar. De la misma forma en la cual el Espíritu Santo trae a nuestra alma y espíritu la vida de Jesús, Su santidad, Su gozo, Su fortaleza, Él viene también a impartir al cuerpo enfermo toda la vigorosa vitalidad de Cristo tan pronto como la mano de fe es estirada para recibirla.

Cuando el cuerpo está completamente sujeto a Cristo, crucificado con Él, renunciando a toda voluntad propia e independencia, deseando nada más que ser el templo del Señor, es entonces cuando el Espíritu Santo manifiesta el poder del resucitado Salvador en el cuerpo. Solamente entonces podemos glorificar a Dios en nuestro cuerpo, dándole a Él completa libertad para manifestar de ahí en más Su

poder, para demostrar que Él sabe como dejar Su templo libre de la dominación de la enfermedad, pecado, y Satanás.

## **Capítulo 9**

### **EL CUERPO PARA EL SEÑOR**

*“Las viandas para el vientre, y el vientre para las viandas; pero tanto a uno como a las otras destruirá Dios. Pero el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo.”* (1 Corintios 6.13)

Uno de los teólogos más eruditos ha dicho que la corporeidad<sup>3</sup> es la finalidad de los caminos de Dios. Como ya hemos visto, esto es efectivamente lo que Dios ha realizado al crear al hombre. Es esto lo que hizo que los habitantes del cielo se maravillan y admiren cuando ellos contemplan la gloria del Hijo. Revestido con un cuerpo humano, Jesús ha tomado Su lugar para siempre sobre el trono de Dios, para participar de Su gloria. Es esto lo que Dios ha deseado. Deberá ser reconocido en aquel día cuando la humanidad regenerada, formando el cuerpo de Cristo, sea real y visiblemente el templo de Dios viviente (2 Cor. 6.16), y cuando toda la creación en los cielos y tierra nuevos compartan la gloria de los hijos de Dios. El cuerpo material será entonces completamente santificado, glorificado por el Espíritu; y este cuerpo, ya espiritualizado, será la más alta gloria del Señor Jesús y de Sus redimidos.

Es en anticipación a esta nueva condición de las cosas, que el Señor otorga una gran importancia a la morada y santificaciones de nuestros cuerpos, aquí abajo, por su Espíritu. Tan poco es comprendida esta verdad por los creyentes que menos aún ellos buscan el poder del Espíritu Santo en sus cuerpos. También muchos de ellos, creyendo que este cuerpo les pertenece, lo usan como ellos quieren. No entendiendo cuánto la santificación del alma y espíritu dependen de nuestro cuerpo, no se agarran del significado de las palabras “El cuerpo es para el Señor”, de tal manera a recibirlas en obediencia.

*“El cuerpo es para el Señor”*. ¿Qué significa esto? El Apóstol ahí mismo había dicho: *“Las viandas para el vientre, y el vientre para las viandas; pero tanto a uno como a las otras destruirá Dios”*. Comer y beber permiten al cristiano una oportunidad de demostrar esta verdad de *“el cuerpo es para el Señor”*. Él efectivamente debe aprender a comer y a beber para la gloria de Dios. Por comer, el pecado y la Caída sucedieron. Fue también por medio del comer que Satanás buscó tentar al Señor. Y así, el mismo Jesús santificó su cuerpo en comer solo de acuerdo a la voluntad de Su Padre (Mat. 4.4). Muchos creyentes fracasan en cuidar sus propios cuerpos; fallan en conservar una sobriedad santa como para evitar ceder sus cuerpos a que sean no aptos para el servicio a Dios. Comer y beber nunca deben impedir la comunión con Dios; su propósito es más bien facilitar la comunión por medio de mantener el cuerpo en su condición normal.

El Apóstol habla también de fornicación, este pecado que envilece el cuerpo, y que está en directa oposición a las palabras “el cuerpo es para el Señor”. No es una simple

---

<sup>3</sup> Cualidad de corpóreo. (Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española) - (N. del T.)

incontinencia fuera del estado matrimonial, sino es en ese estado a lo que se refiere aquí; toda voluptuosidad, toda falta de sobriedad de cualquier clase es condenada con estas palabras: *“Vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo”* (1 Cor. 6.19). De la misma manera, todo aquello que mantiene el cuerpo, lo viste, lo fortalezca, descansar en dormir, o que permite el disfrute, debe ser puesto bajo el control del Espíritu Santo. Pues así como bajo el Viejo Pacto el templo fue construido solamente para Dios, y para Su servicio, también así nuestro cuerpo ha sido creado para el Señor, y solamente para Él.

Entonces, uno de los mayores beneficios de la sanidad divina será enseñarnos que nuestro cuerpo debe ser liberado del yugo de nuestra propia voluntad para volverse una propiedad del Señor. Dios no concede sanidad a nuestras oraciones hasta que Él haya obtenido la finalidad por la cual Él ha permitido la enfermedad. Él desea que la disciplina nos traiga a una comunión más íntima con Él; Él nos va a hacer entender que nosotros hemos usado nuestro cuerpo como de ser propiedad nuestra, mientras que pertenece al Señor; y que el Espíritu Santo busca santificar todas sus acciones. Nos guía a comprender que si nosotros cedemos nuestro cuerpo sin reservas a la influencia del Espíritu Santo, experimentaremos Su poder en nosotros, y que nos sanará por medio de traer a nuestro cuerpo la mismísima vida de Jesús; Él nos guía, finalmente, a decir con plena convicción: *“El cuerpo es para el Señor.”*

Hay creyentes que buscan la sanidad, pero solo para el alma y el espíritu. En su ignorancia olvidan que el cuerpo y todo su sistema nervioso, que la mano, el oído, los ojos, la boca, son llamados a testificar directamente de la presencia y la gracia de Dios en ellos. No han tomado suficientemente en serio estas palabras: *“¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?”* *“Si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis.”* (1 Cor. 6.15; Rom. 8.13). *“Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo”* (1 Ts. 5.23). ¡Oh, cuánta renovación ocurre en nosotros cuando, por Su propio toque, el Señor sana nuestros cuerpos, cuando Él toma posesión de ellos, y cuando por Su Espíritu se vuelve vida y salud en ellos! Es con una indescriptible conciencia de sanidad, de temor y de gozo, que el creyente puede entonces ofrecer su cuerpo como un sacrificio vivo para recibir sanidad, y tener como un lema estas palabras: *“El cuerpo es para el Señor”*.

## **Capítulo 10** **EL SEÑOR PARA EL CUERPO**

*“Las viandas para el vientre, y el vientre para las viandas; pero tanto al uno como a las otras destruirá Dios. Pero el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo.”* (1 Corintios 6.13)

Hay una reciprocidad en las relaciones de Dios con el hombre. Aquello que Dios ha sido para mí, yo debo serlo de vuelta para Él. Y aquello que yo soy para Él, Él lo desea nuevamente para mí. Si en Su amor Él se da a Sí mismo completamente a mí, está en orden que yo amorosamente me dé a mi mismo completamente a Él. En la

medida en que yo más o menos realmente rinda todo mi ser ante Él, en esa medida Él se da a Sí mismo más realmente a mí. Y así Dios guía al creyente a comprender que este abandono de Sí mismo envuelve el cuerpo, y cuánto más nuestra vida sea testigo de que el cuerpo es para el Señor, más también vamos a experimentar que el Señor es para el cuerpo. Al decir “El cuerpo es para el Señor”, expresamos el deseo de ceder nuestro cuerpo como completamente consagrado, ofrecido en sacrificio para el Señor, y santificado por Él. Al decir: “El Señor es para el cuerpo”, expresamos la preciosa certeza que nuestra ofrenda ha sido aceptada, y que - por su Espíritu - el Señor va a impartir a nuestro cuerpo Su propia fortaleza y santidad, y de ahí en más, Él nos fortalecerá y guardará.

Este es un asunto de fe. Nuestro cuerpo es material, débil, flojo, pecador, mortal. Por eso, es difícil captar de golpe toda la extensión de las palabras “El Señor es para el cuerpo”. Es la Palabra de Dios la que nos explica la forma de asimilarlas. El cuerpo fue creado por el Señor y para el Señor. Jesús tomó sobre sí un cuerpo terrenal. En Su cuerpo Él llevó nuestros pecados en la cruz, y de esa manera liberó nuestro cuerpo del poder del pecado. En Cristo el cuerpo ha sido resucitado nuevamente, y sentado en el trono de Dios. El cuerpo es la habitación del Espíritu Santo; es llamado a una eterna asociación en la gloria celestial. Por eso, con certeza, y en un sentido amplio y universal, podemos decir: “Sí, el Señor Jesús, nuestro Salvador, es para el cuerpo”. Esta verdad tiene muchas aplicaciones. En primer lugar, es una gran ayuda en una santidad práctica. Más de algún pecado deriva su poder de alguna tendencia física. El alcohólico que se ha convertido le tiene terror a las bebidas intoxicantes, pero, a pesar de eso, sus apetitos son algunas veces una trampa para él, teniendo victoria sobre sus nuevas convicciones. Si, como sea, en el conflicto él entrega su cuerpo con confianza al Señor, todo apetito físico, todo deseo de beber, será vencido. Nuestro temperamento también a menudo es el resultado de nuestra constitución física. Un sistema nervioso irritable, produce palabras que son agudas, duras, y carecen de amor. Pero deje que el cuerpo con esta tendencia física sea tomado por el Señor, y pronto experimentará que el Espíritu Santo puede mortificar el levantamiento de la impaciencia, y santificar el cuerpo, volviéndolo sin culpa.

Estas palabras: “El Señor es para el cuerpo”, son aplicables también a la fuerza física la cual es demandada de nosotros para servir al Señor. Cuando David clamó “*Dios es el que me ciñe de poder*”, él se refería a la fuerza física, porque agrega: “*Quien hace mis pies como de ciervas... Para entesar con mis brazos el arco de bronce.*” (Sal. 18.32, 33, 34). Nuevamente estas palabras: “*Yahvé es la fortaleza de mi vida*” (Sal. 27.1), no se refieren solamente al hombre espiritual, sino al hombre completo. Muchos creyentes han experimentado que la promesa “*pero los que esperan a Yahvé tendrán nuevas fuerzas*” (Is. 40.31) toca el cuerpo, y el Espíritu Santo incrementa la fuerza física.

Pero es especialmente en la sanidad divina que vemos la verdad de estas palabras “El Señor es para el cuerpo”. Sí, Jesús, el soberano y misericordioso Sanador, siempre está listo para salvar y curar. Hubo en Suiza, algunos años atrás, una chica joven con tuberculosis y próxima a la muerte. El doctor le había recomendado un clima más suave, pero ella estaba demasiado débil para hacer el viaje. Ella supo que Jesús es el

Sanador de los enfermos. Ella creyó en las buenas nuevas, y una noche cuando ella estaba pensando sobre este asunto, le pareció que el cuerpo del Señor vino cerca al suyo, y ella tomó estas palabras literalmente: “Su cuerpo por nuestro cuerpo”. Desde ese momento empezó a mejorar. Un tiempo después empezó a tener lecturas de la Biblia, y más tarde se convirtió en una celosa y muy bendecida obrera del Señor entre las mujeres. Ella había aprendido que el Señor es para el cuerpo.

Estimado enfermo, el Señor le ha demostrado por medio de la enfermedad el poder que el pecado tiene sobre el cuerpo. Por medio de su sanidad Él también le demostrará el poder de la redención del cuerpo. Él lo llama a comprender aquello que usted no ha comprendido hasta ahora, que “el cuerpo es para el Señor”. Por eso, dele a Él su cuerpo. Dele a Él con su enfermedad y con el pecado, el cual es la fuente original de la enfermedad. Crea siempre que el Señor se ha hecho cargo de su cuerpo, y Él manifestará con poder que Él realmente es el Señor. El Señor, quien ha tomado sobre Sí mismo un cuerpo aquí en la tierra y lo ha regenerado, desde los altos cielos - donde Él está ahora, revestido con su cuerpo glorificado - nos envía su fortaleza divina, deseando así manifestar Su poder en nuestro cuerpo.

## **Capítulo 11** **NO CONSIDERE SU CUERPO**

*“Y no se debilitó en la fe al considerar su cuerpo, que estaba ya como muerto (siendo de casi cien años), o la esterilidad de la matriz de Sara. Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido”. (Romanos 4.19-21)*

Cuando Dios prometió dar a Abraham un hijo, el patriarca nunca hubiera podido ser capaz de creer en esta promesa si es que hubiera considerado su propio cuerpo, ya viejo y desgastado. Sin embargo, él solo vio nada más que a Dios y Su promesa, el poder y la fidelidad de Dios quien le garantizaba el cumplimiento de la misma.

Esto nos permite echar mano de toda la diferencia que existe entre la sanidad que se espera de los remedios terrenales, y la sanidad que se busca solamente de parte de Dios. Cuando hemos recurrido a los remedios para sanarnos, toda la atención del enfermo está sobre el cuerpo, considerando el cuerpo, mientras que la sanidad divina nos llama a desviar nuestra atención del cuerpo, y abandonarnos nosotros mismos, alma y cuerpo, al cuidado del Señor, ocupándonos solamente con Él.

Esta verdad igualmente nos permite ver la diferencia entre la enfermedad retenida por bendición y la sanidad recibida de parte del Señor. Algunos tienen miedo de tomar la promesa de Santiago 5 en su sentido literal, porque ellos dicen que la enfermedad es más buena que la salud para el alma del hombre. Es cierto que en el caso de sanidad obtenida por remedios terrenales, mucha gente será más bendecida en permanecer enferma que en recobrar la salud, pero es completamente otra cosa cuando la sanidad viene directamente de la mano de Dios. De modo a recibir sanidad divina, el pecado debe ser confesado y renunciado; uno debe estar completamente rendido al Señor,

debe ceder hasta estar completamente en Sus manos, y la voluntad de que Jesús tome control del cuerpo debe ser firmemente tomada en cuenta para que la sanidad sea el comienzo de una nueva vida de íntima comunión con el Señor.

Y así aprendemos a rendir enteramente a Él el cuidado de nuestra salud, y a la menor indicación del retorno del mal, es considerado como una advertencia de no considerar nuestro cuerpo, sino de estar ocupados solamente con el Señor.

¡Qué contraste es esto con el gran número de personas enfermas que buscan sanidad por medio de los remedios! Si algunos pocos de ellos han sido santificados debido a la enfermedad, habiendo aprendido a perderse de vista ellos mismos, cuántos más hay allí quienes son llevados por la misma enfermedad a estar constantemente ocupados con ellos mismos y con la condición de sus cuerpos. ¡Cuán infinito cuidado ellos ejercitan en observar hasta el síntoma más pequeño, favorable o no favorable! ¡Qué constante preocupación para ellos es comer y beber, la ansiedad de evitar esto o aquello! ¡Cuánto se preocupan con lo que ellos consideran que otros le deben, si es que piensan suficientemente en ellos, si hay suficientes enfermeras, si les visitan lo suficiente! ¡Cuánto tiempo se dedica de este modo a considerar el cuerpo y lo que se exige, en vez de al Señor y las relaciones que Él busca establecer con las almas! ¡Oh, cuántos hay que, a través de la enfermedad, se ocupan casi exclusivamente de ellos mismos!

Todo esto es totalmente diferente cuando la sanidad es buscada en fe de parte de nuestro amoroso Dios. Entonces la primera cosa para aprender es: Deje de estar ansioso acerca del estado de su cuerpo, usted lo ha confiado al Señor y Él ha tomado la responsabilidad. Si usted no ve una rápida mejoría inmediatamente, sino por el contrario, los síntomas parecen ser más serios, recuerde que usted ha entrado en un sendero de fe, y debido a eso no debería considerar el cuerpo, sino aferrarse solo en el Dios viviente. El mandamiento de Cristo: *“No os afanéis... por vuestro cuerpo”* (Mat. 6.25), aparece aquí bajo una nueva luz. Cuando Dios llamó a Abraham a no considerar su cuerpo, fue porque Él pudo llamarlo a ejercitar una fe mayor de lo que podía ser, para que él pueda aprender a ver solo a Dios y Su promesa. Sostenido por su fe, él dio gloria a Dios, convencido que Dios haría lo que había prometido. La sanidad divina es una maravillosa atadura que nos une al Señor. Al comienzo uno puede temer a creer que el Señor va a estirar Su poderosa mano y tocar el cuerpo; pero al estudiar la Palabra de Dios el alma adquiere coraje y confianza. Finalmente uno decide, diciendo: *“cedo mi cuerpo en las manos de Dios; y dejo el cuidado del mismo al Señor”*. Entonces no se pone más la mirada en el cuerpo y sus sensaciones, y solamente el Señor y Su promesa quedan a la vista.

Querido lector, ¿entrará usted también en este camino de fe, muy superior a aquello lo cual se habitúa a llamarse natural? Camine en los pasos de Abraham. Aprenda de él a no considerar su propio cuerpo, y a no dudar debido a la incredulidad. Considerar el cuerpo da luz a dudas, mientras que aferrarse a la promesa de Dios y estar ocupado solamente con Él, da entrada al camino de la fe, el camino de la sanidad divina, el cual glorifica a Dios.

## Capítulo 12

### DISCIPLINA Y SANTIFICACIÓN

*“Dios nos disciplina para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad.”*

(Hebreos 12.10)

*“Así que, si alguno se limpia de estas cosas, será instrumento para honra, santificado, útil al Señor, y dispuesto para toda buena obra.”* (2 Timoteo 2.21)

Santificar algo es ponerlo aparte, consagrarlo para Dios y para Su servicio. El templo en Jerusalén era Santo, es decir, estaba consagrado, dedicado a Dios para que lo pueda servir como lugar de morada. Los vasos del templo eran santos, porque estaban dedicados al servicio del templo; los sacerdotes eran santos, elegidos para servir a Dios y listos para trabajar para Él. De la misma manera los cristianos también deben estar santificados, a disposición del Señor, *“dispuestos para toda buena obra”*.

Cuando el pueblo de Israel salió de Egipto, el Señor los reclamó para Su servicio como un pueblo santo. *“Deja ir a mi pueblo para que me sirva”* (Ex. 7.16), dijo a Faraón. Liberados de la dura esclavitud, los hijos de Israel fueron deudores para entrar de una buena vez bajo el servicio de Dios, y volverse sus felices servidores. Su liberación fue la ruta que guiaba a la santificación.

Nuevamente en este día, Dios está formando para Sí mismo un pueblo santo, y es para que nos volvamos parte de ellos que Jesús nos liberó. Él *“se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras”* (Tit. 2.14). Es el Señor el que rompe las cadenas por las cuales Satanás nos mantiene en esclavitud. Él nos quiere libres, completamente libres para servirlo. Él desea salvarnos, para liberar tanto el alma como el cuerpo, para que cada uno de los miembros del cuerpo pueda ser consagrado a Él y puestos sin reservas a Su disposición.

Un gran número de cristianos todavía no entienden todo esto, no saben cómo es que el propósito de su liberación es para que ellos puedan ser santificados, preparados para servir a su Dios. Ellos hacen uso de sus vidas y sus miembros para procurar su propia satisfacción; consecuentemente no sienten en la libertad de pedir por sanidad con fe. Es por eso que para disciplinarlos, para que puedan ser traídos a la santificación deseada, el Señor permite a Satanás a que inflija enfermedades sobre ellos y por medio de ellas mantenerlos encadenados y prisioneros (Luc. 13.11, 16). Dios nos castiga *“para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad”* y para que podamos ser santificados, y *“dispuestos para toda buena obra”* (Heb. 12.10; 2 Tim. 2.21).

La disciplina que inflige las enfermedades trae grandes bendiciones con ella. Es un llamado al enfermo a reflexionar; lo lleva a ver que Dios está ocupado con él, y busca mostrarle qué es lo que todavía lo separa de Él mismo. Dios le habla, lo llama a examinar sus caminos, a reconocer que a él le falta santidad, y que el propósito del castigo es hacerlo participante de Su santidad. Él despierta dentro del enfermo el deseo de ser alumbrado por el Espíritu Santo en lo más hondo de su corazón, para que él

pueda estar capacitado de tener una clara idea de lo que ha venido a ser su vida hasta ese momento, una vida egocéntrica, muy diferente a la vida que Dios requiere de él. Él lo lleva a confesar sus pecados, para que los confíe al Señor Jesús, a creer que el Salvador puede librarlo de ellos. Él lo urge a que ceda ante Él, para consagrar su vida, para morir a sí mismo para que pueda ser capaz de vivir para Dios.

La santificación no es algo que usted pueda lograr por usted mismo; ni siquiera puede ser producida por Dios en usted como algo que usted pueda poseer y contemplar en usted mismo. No, es el Espíritu Santo, el Espíritu de santidad solamente puede comunicarle Su santidad y renovarla continuamente. De ahí que es por fe que usted viene a ser “participante de Su santidad”. Habiendo entendido que Jesús ha sido hecho santificación de Dios para usted (1 Cor. 1.30), y que es la obra del Espíritu Santo el impartirle Su santidad la cual fue manifestada en Su vida en la tierra, ríndase a Él por fe para que Él le permita vivir esa vida de hora en hora. Crea que el Señor - por Su Espíritu - puede guiarlo, y guardarlo en esta vida de santidad y de consagración al servicio de Dios. Y así, viva en la obediencia de fe, siempre atento a Su voz, y a la guianza de Su Espíritu.

Desde el tiempo que esta Paternal disciplina ha llevado al enfermo a una vida de santidad, Dios ha obtenido su propósito, y Él va a sanar a aquel que se lo pida con fe. Nuestro primeros padres *“por pocos días nos disciplinaban... Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados”* (Heb. 12.10, 11). Sí, es cuando el creyente se da cuenta de este fruto apacible de justicia, que está en condiciones de ser liberado del castigo.

¡Oh!, es porque los creyentes aún comprenden muy poco que santificación significa una entera consagración a Dios, que ellos realmente no pueden creer que la sanidad pronto seguirá a la santificación del enfermo. Buena salud es muy a menudo para ellos solo un asunto de confort y placer personal la cual pueden disponer como les plazca, pero así Dios no puede ministrar a su egoísmo. Si entendiesen mejor que Dios requiere de Sus hijos que ellos deben estar “dispuestos para toda buena obra”, no se sorprenderían verle a Él dando sanidad y renovando fuerzas a aquellos que han aprendido a poner sus miembros a Su disposición, deseando ser santificados y empleándose en Su servicio por el Espíritu Santo. El Espíritu de sanidad también es el Espíritu de Santificación.

## **Capítulo 13**

### **ENFERMEDAD Y MUERTE**

*“El te libraré del lazo del cazador, de la peste destructora.” (Sal. 91.3)*

*“Ni pestilencia que ande en oscuridad, ni mortandad que en medio del día destruya.”  
(Sal. 91.6)*

*“Lo saciaré de larga vida, y le mostraré mi salvación.” (Sal. 91.16)*

*“Aun en la vejez fructificarán; estarán vigorosos y verdes.” (Sal. 92.14)*



Esta objeción a menudo se hace a las palabras del apóstol Santiago “La oración de fe salvará al enfermo”: Si tenemos la promesa de ser siempre sanados en respuesta a la oración, ¿cómo puede ser posible morir? Y algunos agregan: ¿Cómo una persona enferma puede saber si es que Dios, quien determina el tiempo de nuestra vida, no ha decidido que debemos morir por dicha enfermedad? En tal caso, ¿no será sin sentido la oración, y no sería pecado orar por la sanidad?

Antes de contestar, queremos señalar que esta objeción no va contra el creer en Jesús como el Sanador de los enfermos, sino contra la misma Palabra de Dios y la promesa tan claramente declarada en la epístola de Santiago y en cualquier lugar. No tenemos la libertad de cambiar o limitar las promesas de Dios cuando sea que ellas presenten una dificultad para nosotros; ni tampoco podemos insistir que ellas nos sean claramente explicadas antes de que nosotros podamos creer lo que ellas establecen. Nosotros debemos recibirlas sin resistencia; solamente entonces el Espíritu de Dios nos encuentra con el estado de razonamiento el cual puede ser enseñado y alumbrado.

Más aun, señalaremos que el considerar una verdad divina la cual ha sido por mucho tiempo rechazada en la Iglesia, difícilmente pueda ser entendida desde el principio. Es solo poco a poco que su importancia y funcionamiento son discernidas. En la medida en que va siendo revivida, después de haber sido aceptada por fe, el Espíritu Santo la va a acompañar con una nueva luz. Recordemos que es por la incredulidad de la Iglesia que la sanidad divina la ha dejado. No está en las respuestas de tal o tal persona que la fe en las verdades de la Biblia debe hacerse depender. “*Resplandeció en las tinieblas luz...*” (Sal. 112.4) para “...*los rectos*” que están listos a someterse a la Palabra de Dios.

La primera objeción es fácil de responder. La Escritura determina setenta u ochenta años como la medida ordinaria de la vida humana. El creyente que recibe a Jesús como el Sanador de los enfermos descansará satisfecho con la declaración de la Palabra de Dios. Se sentirá en la libertad de esperar una vida de setenta años, pero no más. Además, el hombre de fe se coloca a sí mismo bajo la dirección del Espíritu, el cual le permitirá discernir la voluntad de Dios si es que algo deba prevenir que llegue a la edad de setenta. Toda regla tiene sus excepciones, tanto en las cosas del cielo, como en las de la tierra. De esto, por eso, estamos seguros de acuerdo a la Palabra de Dios - ya sean por las palabras de Jesús, o por aquellas de Santiago - que nuestro Padre celestial quiere, como regla, ver a Sus hijos en buena salud para que ellos puedan trabajar a Su servicio.

Por la misma razón, Él quiere librarlos de la enfermedad tan pronto como ellos confiesen sus pecados y oren con fe por su sanidad. Para el creyente que ha caminado con su Salvador, fuerte con la fortaleza que procede de la sanidad divina, y cuyo cuerpo está consecuentemente bajo la influencia del Espíritu Santo, no es necesario que cuando venga su tiempo de morir, deba morir de enfermedad. “Dormir en el Señor”, tal es la muerte del creyente cuando llega al final de su vida. Para él morir es solo dormir después de una fatiga, entrar en el reposo. La promesa “*para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra*” (Ef. 6.3), está dirigida a nosotros los que vivimos bajo el Nuevo Pacto. Cuánto más ha aprendido el creyente el ver en el Salvador a Aquel quien “llevó nuestras enfermedades” más libertad tiene de clamar el

cumplimiento literal de la promesa “*Lo saciaré de larga vida*”, “*Aun en la vejez fructificarán; estarán vigorosos y verdes.*”

El mismo texto se aplica a la segunda objeción. El enfermo ve en la Palabra de Dios que es Su voluntad sanar a Sus hijos luego de la confesión de sus pecados, y en respuesta a la oración de fe. No dice que ellos estarán exentos de otras pruebas; pero en cuanto a la enfermedad, ellos son sanados de eso porque ataca el cuerpo, que ha venido a ser el lugar de morada del Espíritu Santo. El enfermo entonces debe desear sanidad para que el poder de Dios pueda ser manifestado en él, y para que pueda servirlo a Él en llevar a cabo Su voluntad. En esto se aferra el que conoce la voluntad de Dios revelada y para aquello que no está revelado, él sabe que Dios hará conocer Sus pensamientos a Sus siervos que caminan con Él. Insistiremos aquí que la fe no es un razonamiento lógico que pueda de alguna manera obligar a Dios a actuar de acuerdo con Sus promesas. Es más bien la actitud de confianza de un niño quien honra a su Padre, que cuenta con Su amor para verlo cumplir Sus promesas, y que sabe que Él es fiel para comunicar al tanto al cuerpo como al alma, la nueva fuerza que fluye de la redención, hasta que llegue el momento de partir.

## **Capítulo 14** **EL ESPÍRITU SANTO, EL ESPÍRITU DE SANIDAD**

*“Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo.... a otro, fe por el mismo Espíritu; y a otro, dones de sanidades por el mismo Espíritu... Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere.”* (1 Corintios 12.4, 9, 11)

¿Qué es lo que distingue a los hijos de Dios? ¿Cuál es su gloria? Es que Dios habita en medio de ellos y se revela a Sí mismo a ellos con poder (Ex. 33.16; 34.9-10). Bajo el Nuevo Pacto, esta morada de Dios en el creyente es aun más manifiesta que en los tiempos antiguos. Dios envía el Espíritu Santo a Su Iglesia, la cual es el Cuerpo de Cristo, para obrar en ella con poder, y la vida y prosperidad de ella depende de Él. El Espíritu debe encontrarse en ella sin reservas, en completa libertad, para que ella pueda ser reconocida como la Iglesia de Cristo, el Cuerpo del Señor. En cada era la Iglesia puede buscar manifestaciones del Espíritu, porque ellas forman nuestra indisoluble unidad: “*un cuerpo y un Espíritu*” (Ef. 4.4).

El Espíritu opera variadamente en tal o cual miembro de la Iglesia. Es posible ser llenado del Espíritu para una obra en especial y no para otra. Hubo también tiempos en la historia de la Iglesia cuando ciertos dones del Espíritu fueron dados con poder, mientras que en otros tiempos la ignorancia o incredulidad pueden restringir otros dones. Donde sea que se encuentre más abundantemente la vida del Espíritu, debemos esperar que Él manifieste todos Su dones.

El don de sanidad es uno de las más hermosas manifestaciones del Espíritu. Está escrito de Jesús, “*cómo Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y cómo éste anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo*” (Hch. 10.38). El Espíritu Santo en Él era un Espíritu sanador, y Él fue el

mismo en los discípulos luego de Pentecostés. Y así las palabras de nuestro texto expresan lo que fue la continua experiencia de la Iglesia primitiva (compare atentamente Hechos 3.7; 4.30; 5.12, 15, 16; 6.8; 8.7; 9.41; 14.9, 10, 16, 18, 19; 19.12; 28.8, 9). El abundante derramamiento del Espíritu Santo produjo abundantes sanidades. ¡Qué lección para la Iglesia en nuestros días!

Sanidad divina es la obra del Espíritu Santo. La redención de Cristo extiende su poderosa obra al cuerpo, y el Espíritu Santo es responsable tanto de transmitir esto como de mantenerlo en nosotros. Nuestro cuerpo comparte los beneficios de la redención, y aún ahora puede recibir la garantía de eso por medio de la sanidad divina. Es Jesús quien sana, Jesús quien unge y bautiza con el Espíritu Santo. Jesús, quien bautizó a Sus discípulos con el mismo Espíritu, es Quien nos envía el Espíritu Santo aquí en la tierra, ya sea para mantener a la enfermedad alejada de nosotros, o para restaurar nuestra salud cuando la enfermedad se ha apoderado de nosotros.

La sanidad divina acompaña la santificación por el Espíritu. Es para hacernos santos que el Espíritu Santo nos hace participantes de la redención de Cristo. De ahí el nombre “Santo”. Debido a eso, la sanidad la cual Él opera en nosotros es una intrínseca parte de Su misión divina, y Él inviste esto ya sea para llevar al enfermo a ser convertido y sanado (Hec. 4. 29, 30; 5.12, 14; 6.7, 8; 8. 6—8), o para confirmar su fe si es que ya es convertido, pues Él le constriñe para así renunciar al pecado, y para consagrarlo enteramente a Dios y para Su servicio (1 Cor. 10.31; Stg. 5.15, 16; Heb. 12.10).

La sanidad divina tiende a glorificar a Jesús. Es la voluntad de Dios que Su Hijo sea glorificado, y el Espíritu Santo hace esto cuando viene a mostrarnos lo que la redención de Cristo hace por nosotros. La redención del cuerpo mortal aparece casi más maravillosamente que la del alma inmortal. De estas dos formas Dios desea morar en nosotros a través de Cristo, y así, triunfar sobre la carne. Tan pronto como nuestro cuerpo viene a ser templo de Dios a través del Espíritu, Jesús es glorificado.

La sanidad divina toma lugar cuando sea que el Espíritu de Dios obra con poder. Pruebas de esto se pueden encontrar en la vida de los Reformadores, y en algunos de aquello Moravos en sus mejores tiempos. Pero todavía hay otras promesas concernientes al derramamiento del Espíritu Santo las cuales aun no han sido cumplidas hasta este tiempo. Vivamos en una santa expectación, orando al Señor para que las cumpla en nosotros.

## **Capítulo 15** **PERSEVERANDO EN ORACIÓN**

*“También les refirió Jesús una parábola sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar, diciendo: Había en una ciudad un juez, que ni temía a Dios, ni respetaba a hombre. Había también en aquella ciudad una viuda, la cual venía a él, diciendo: Hazme justicia de mi adversario. Y él no quiso por algún tiempo; pero después de esto dijo dentro de sí: Aunque ni temo a Dios, ni tengo respeto a hombre, sin embargo, porque esta viuda me es molesta, le haré justicia, no sea que viniendo de continuo, me agote la paciencia. Y dijo el Señor: Oíd lo que dijo el juez injusto. ¿Y acaso Dios no*

*hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? ¿Se tardará en responderles? Os digo que pronto les hará justicia. Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?”* (Lucas 18:1-8)

La necesidad de orar con perseverancia es el secreto de toda la vida espiritual. ¡Qué bendición es poder ser capaz de pedir al Señor por tal o cual gracia hasta que Él nos la de, sabiendo con certeza que es Su voluntad contestar la oración!, pero ¡qué misterio es para nosotros que se nos llame a perseverar en oración, golpear con fe a Su puerta, para recordarle de Sus promesas, y hacer esto sin cansarnos hasta que Él se levante y otorgue nuestra petición! ¿No es la seguridad de que nuestra oración puede obtener del Señor aquello que Él no la va dar de otra manera, la prueba evidente de que el hombre ha sido creado a la imagen de Dios, que Él es su amigo, que Él es su compañero en la obra, y que los creyentes quienes conjuntamente forman el Cuerpo de Cristo participen de esta manera en su obra intercesora? Es a la intercesión de Cristo la que el Padre responde, y a la cual Él concede Su favor divino.

Más de una vez la Biblia nos explica la necesidad de perseverar en la oración. Hay muchos fundamentos, el mayor de todos es la justicia de Dios. Dios ha declarado que el pecado debe llevar sus consecuencias; el pecado, por eso, tiene derechos sobre el mundo el cual lo recibe y permanece esclavizado por eso. Cuando el hijo de Dios busca detener este orden de cosas, es necesario que la justicia de Dios deba consentir con eso; por lo tanto se necesita tiempo para que los privilegios los cuales Cristo ha conseguido para los creyentes deban pesarse ante el tribunal de Dios. Aparte de esto, la oposición de Satanás, quien siempre busca evitar la respuesta a la oración, es una razón para eso (Dan. 10.12, 13). Los únicos medios para que este enemigo invisible sea conquistado, es fe. Parándose firme en las promesa de Dios, la fe se rehúsa a ceder, y continúa orando y esperando por la respuesta, aun cuando ésta se retrasa, sabiendo que la victoria es segura (Ef. 6.12-18).

Finalmente, la perseverancia en la oración es necesaria para nosotros mismos. El retraso en la respuesta tiene la intención de probar y fortalecer nuestra fe; busca desarrollar en nosotros la firmeza la cual no va a dejar ir las promesas de Dios, sino que renunciará a su propio lado de las cosas para confiar solamente en Dios. Es solo entonces cuando Dios - viendo nuestra fe - nos ve listos para recibir Su favor y nos lo concede. El hará justicia rápidamente, aunque se tarde. Sí, a pesar de todos los retrasos necesarios, Él no nos va a hacer esperar mucho. Si clamamos ante Él día y noche, Él nos hará justicia prontamente.

Esta perseverancia en oración será fácil para nosotros tan pronto como comprendamos completamente lo que es la fe. Jesús nos enseña en estas palabras: “*Y todo lo que pidieréis en oración, creyendo, lo recibiréis*” (Mat. 21.22). Cuando la Palabra de Dios nos autoriza a pedir cualquier cosa, debemos de buenas a primeras creer que lo vamos a recibir. Dios nos lo da; esto lo sabemos por fe, y podemos decir entre Dios y nosotros que lo hemos recibido, aunque puede ser solo más tarde que se nos permita darnos cuenta de sus efectos aquí en la tierra. Es antes de que hayamos visto o experimentado nada de lo que sea, que la fe se regocija en haberlo recibido; persevere en oración, y espere hasta que la respuesta se manifieste. Pero aun después

de haber creído que hemos sido escuchados, es bueno perseverar hasta que se haya convertido en un hecho consumado.

Esto es de gran importancia para obtener sanidad divina. Algunas veces, es cierto, la sanidad es inmediata y completa; pero puede pasar que debamos esperar, aun cuando una persona enferma ha sido capaz de pedirlo con fe. Algunas veces también los primeros síntomas de sanidad se manifiestan inmediatamente; pero después de eso el progreso es lento, e interrumpido a veces cuando se detiene o cuando el mal regresa. En tales casos es importante tanto para la persona enferma como de aquellos que oran con él, creer en la eficacia de perseverar orando, aunque ellos no puedan entender el misterio de eso. Aquello que parece que al comienzo Dios rechaza, Él lo concede después a la oración de la mujer Cananea, a la oración de la “viuda”, al del amigo que golpea a la puerta a medianoche (Mat. 15.22; Luc. 18.3; 11.5). Sin importar si hubo un cambio o respuesta, la fe basada en la Palabra de Dios, y la cual continúa orando con importunidad, termina obteniendo la victoria. *“¿Acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? ¿Se tardará en responderles? Os digo que pronto les hará justicia”*. Dios sabe como retrasar todo el tiempo que sea necesario, más sin embargo actuar rápidamente sin esperar más de lo necesario. Al mismo tiempo las dos cosas deben pertenecer a nuestra fe. Sostengámonos con una santa prontitud de la gracia que nos es prometida, como si ya la hubiésemos recibida; esperemos con incansable paciencia la respuesta que tarda en llegar. Tal fe pertenece a los que viven en Él. Es en orden de producir en nosotros esa fe que la enfermedad se nos envía, y que la sanidad nos es concedida, porque tal fe - por sobre todo - glorifica a Dios.

## **Capítulo 16**

### **DEJE QUE EL QUE ES SANADO GLORIFIQUE A DIOS**

Es una idea prevalente que la piedad es más fácil en la enfermedad que en la salud; que el silencio y el sufrimiento inclinan al alma a buscar al Señor y entrar en comunión con Él mejor que las distracciones de una vida activa; que, de hecho, la enfermedad nos arroja más sobre Dios. Por estas razones la gente enferma duda en pedir sanidad de parte de Dios, porque ellos se dicen a sí mismos “¿Cómo sabremos si la enfermedad no es mejor para nosotros que la salud?” Pensar así es ignorar que la sanidad y sus frutos son divinos. Tratemos de entender que aun una sanidad a través de medios ordinarios puede a veces correr el riesgo de hacer que Dios relaje Su mano. La sanidad divina, por el contrario, nos ata más cerca a Él. Y eso viene a suceder que en nuestros días - así como en el tiempo del comienzo del ministerio de Jesucristo - el creyente que ha sido sanado por Él puede glorificarlo mucho más que uno que permanece enfermo. La enfermedad solo puede glorificar a Dios en la medida que da ocasión de manifestar Su poder (Jn. 9.3; 11.4).

El sufriente que es llevado por su enfermedad a dar gloria a Dios, lo hace, por así decir, por necesidad. Si hubiese tenido salud y libertad de escoger, es bastante posible que su corazón se volviese al mundo. En tal caso, el Señor lo debe retener en un lado; su piedad depende de su condición enfermiza. Esto es el por qué el mundo supone que

la religión es difícilmente eficaz en cualquier parte que no sea en los cuartos de los enfermos o en los lechos de muerte, y para los tales no hay necesidad de entrar en el ruido y revueltas de la vida ordinaria. De modo que para que el mundo pueda ser convencido del poder de la religión contra la tentación, debe ver al creyente en buena salud y santidad aun en medio del trabajo y de una vida activa. Sin duda muchas personas enfermas han glorificado a Dios por su paciencia en el sufrimiento, pero Él puede ser aún más glorificado por una salud que Él ha santificado.

“¿Por qué entonces - se nos pregunta - deben aquellos que han sido sanados en respuesta a la oración de fe glorificar al Señor más que aquellos que han sido sanados a través de remedios terrenales?” Aquí está la razón: La sanidad por medio de remedios nos muestra el poder de Dios en la naturaleza, pero no nos trae a un directo y vivo contacto con Él, mientras que la sanidad divina es un acto que procede de Dios, sin nada más que el Espíritu Santo.

En esto último, el contacto con Dios es lo que es esencial, y es por esta razón que el examen de la conciencia y la confesión de pecados debe ser la preparación para eso (1 Cor. 11.30-32; Stg. 5.15, 16). Uno que es sanado de esta manera es llamado a consagrarse a sí mismo completamente de nuevo al Señor (1 Cor. 6.13, 19). Todo esto depende del acto de fe que se aferra a la promesa de Dios, quien cede ante Él, y que no duda que el Señor de una buena vez toma posesión de lo que es consagrado a Él. Esto es el por qué la continuación de salud recibida depende de la santidad de esa vida, y la obediencia en buscar siempre el buen placer del divino Sanador (Ex. 15.26).

La salud obtenida bajo tal condición asegura bendiciones espirituales. La mera restauración de la salud por medios ordinarios no lo hace. Cuando el Señor sana el cuerpo es para que Él tome posesión de ello y lo haga un templo para que Él pueda morar allí. El gozo que luego llena al alma es indescriptible. No es solamente el gozo de haber sido sanado; en un gozo mezclado con humildad, y un entusiasmo santo que reconoce el toque del Señor y recibe una nueva vida de Él. En la exuberancia de este gozo, el sanado exalta al Señor, lo glorifica por medio de palabras y obras, y toda su vida es consagrada a su Dios.

Es evidente que estos frutos de sanidad no son los mismos para todos, y que algunas veces hay pasos hacia atrás. La vida del sanado tiene solidaridad con la vida de los creyentes alrededor suyo. Sus dudas y sus inconsistencias pueden a veces tender a que sus pasos tambaleen, si bien esto generalmente resulta en un nuevo comienzo. Cada día él descubre y reconoce en forma fresca que su vida es la vida del Señor; él entra en una más íntima gozosa comunión con Él; aprende a vivir en una dependencia habitual en Jesús, y recibe de Él esa fortaleza la cual resulta de una mayor consagración.

¡Oh! qué no puede llegar a ser la Iglesia cuando ella vive en esta fe, cuando cada persona enferma pueda reconocer en la enfermedad un llamado a ser santo, y esperar del Señor una manifestación de Su presencia, cuando las sanidades sean multiplicadas, produciendo en cada uno un testigo del poder de Dios, todos prestos a clamar con el Salmista: *“Bendice, alma mía, a Yahvé... El que sana todas tus dolencias.*

## **Capítulo 17**

### **LA NECESIDAD DE UNA MANIFESTACIÓN DEL PODER DE DIOS**

*“Y ahora, Señor, mira sus amenazas, y concede a tus siervos que con todo denuedo hablen tu palabra, mientras extiendes tu mano para que se hagan sanidades y señales y prodigios mediante el nombre de tu santo Hijo Jesús. Cuando hubieron orado, el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la palabra de Dios.” (Hechos 4.29-31)*

¿Es permisible orar de esta manera ahora, para pedir al Señor: *“Concede a tus siervos que con todo denuedo hablen tu palabra, mientras extiendes tu mano para que se hagan sanidades”*? Veamos este asunto:

¿No cumple la palabra de Dios en suplir con cada una de las necesidades de nuestros días como entonces, y no son las necesidades igualmente apremiantes? Imaginémonos a los Apóstoles en medio de la incrédula Jerusalén; por un lado los gobernantes del pueblo y sus amenazas, por el otro, la multitud ciega rehusando creer en el Crucificado. Ahora el mundo no es tan abiertamente hostil a la Iglesia porque le ha perdido el miedo, pero sus aduladoras palabras son más de temer que su miedo. El disimulo algunas veces es peor que la violencia. ¿Y no es un Cristianismo de meras formas, en el sueño de la indiferencia, tan inaccesible como la abierta resistencia de los judaizantes? Los siervos de Dios necesitan aun en el tiempo presente - de modo que la Palabra pueda ser predicada con todo coraje - que el poder de Dios sea evidentemente manifestado entre ellos.

¿No es tan necesaria la ayuda de Dios como entonces? Los Apóstoles sabían bien que no era la elocuencia de sus prédicas lo que causaba que la verdad triunfara, sino que sabían de la necesidad del Espíritu Santo de manifestar Su presencia por medio de milagros. Era necesario que el Dios viviente extienda Su mano, para que hayan sanidades, milagros, y señales en el nombre de Su santo Hijo Jesús. Era solamente así cuando sus siervos de regocijaban, y, fortalecidos con Su presencia, podían hablar con libertad y enseñar al mundo a temer Su nombre.

¿No nos preocupan también las promesas divinas? Los Apóstoles contaban con estas palabras del Señor antes que Él ascendiera: Y les dijo: *“Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura... Y estas señales seguirán a los que creen... sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán”* (Mar. 16.15, 17, 18). Este encargo indica la vocación divina de la Iglesia; la promesa que le sigue nos muestra cuál es su armadura, y nos demuestra que el Señor obra concertadamente con ella. Era porque los Apóstoles contaban con esta promesa que ellos oraban al Señor para que les conceda esta prueba de Su presencia. Ellos fueron llenos del Espíritu Santo en el día de Pentecostés, pero aun necesitaban las señales sobrenaturales que obra Su poder. La misma promesa sirve tanto para nosotros, porque el mandamiento de predicar el Evangelio no puede ser cortada de la promesa de sanidad divina con la cual es acompañada. En ningún lado en la Biblia se encuentra que esta promesa no era para tiempos futuros. En todas las edades el pueblo de Dios necesita saber grandemente que

el Señor está con ellos, y poseer la irrefutable prueba de ello. Por eso, esta promesa es para nosotros; oremos por su cumplimiento.

¿Deberíamos contar con la misma gracia? Leemos en Hechos cuando los Apóstoles hubieron orado *“todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la palabra de Dios”*. *“Y por la mano de los Apóstoles se hacían muchas señales y prodigios en el pueblo... Y los que creían en el Señor aumentaban más, gran número así de hombres como de mujeres”* (Hch. 4.31; 5.12-15). ¡Oh, que gozo y que nueva fortaleza recibiría el pueblo de Dios hoy si de nuevo el Señor extendiese así Su mano! ¡Cuántos obreros preocupados y desalentados se quejan de que ellos no ven más resultados, más bendiciones en sus obras! Muchos que son indiferentes serán guiados a reflexionar, más de uno que duda recuperará la confianza, y todos los incrédulos serán reducidos a silencio. ¡Y el pobre pagano! ¡Cómo se despertaría si viese por hechos aquello que tuvieron efecto en él, y sería forzado a reconocer que el Dios de los Cristianos es el Dios vivo quien hace maravillas, el Dios de amor que bendice!

¡Despierta, despierta, fortalécete Iglesia de Cristo! Si bien has perdido por tu infidelidad el gozo de ver aliada a la predicación de la Palabra la mano del Señor extendida para sanar, el Señor está presto para otorgarte a ti de nuevo esta gracia. Reconoce que es tu propia incredulidad la que por tanto tiempo te ha privado de eso, y ora por perdón. Revístete con la fuerza de la oración.

*“Despiértate, despiértate, vístete de poder, oh brazo de Yahvé; despiértate como en el tiempo antiguo”* (Is. 51.9)

## **Capítulo 18** **PECADO Y ENFERMEDAD**

*“Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si hubiere cometido pecados, le serán perdonados. Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados.”* (Santiago 5.15, 16)

Aquí, como en otras Escrituras, el perdón de pecados y la sanidad de la enfermedad están estrechamente unidos. Santiago declara que el perdón de los pecados será otorgado con la sanidad; y por esta razón él desea ver que la confesión de los pecados acompañe la oración que clama sanidad. Sabemos que la confesión de los pecados es indispensable para obtener de Dios el perdón de los pecados; para obtener sanidad no debe ser menos. Los pecados no confesados presentan un obstáculo a la oración de fe; en todo caso, la enfermedad puede reaparecer, y por esa razón.

El primer cuidado de un médico, cuando es llamado a tratar a un paciente, es diagnosticar la causa de la enfermedad. Si tiene éxito tiene mejores chances de combatirla. Nuestro Señor también va atrás a la causa primaria de todas las enfermedades, eso es, el pecado. Es nuestra parte confesar y la de Dios el concedernos el perdón que remueve la primera causa, para que la sanidad pueda tener lugar. Al buscar la sanidad por medio de remedios terrenales, la primera cosa para hacer es encontrar un buen médico, y luego seguir sus prescripciones exactamente; pero al recurrir a la oración de fe, es necesario fijar nuestros ojos, por sobre todo, sobre el



Señor, y comprobar cómo estamos ante Él. Santiago, por eso, nos señala una condición la cual es esencial para la recuperación de la salud, es decir, que confesemos y abandonemos el pecado.

La enfermedad es una consecuencia del pecado. Es por causa del pecado que Dios la permite; es en orden de mostrarlos nuestras faltas, castigarnos, y purificarnos de ello. La enfermedad es, debido a esto, una señal visible del juicio de Dios sobre nosotros. No es que uno que está enfermo es necesariamente mayor pecador que otro que tiene salud, por el contrario, es a menudo el más santo de los hijos de Dios a quien Él castiga, como vemos en el ejemplo de Job. Tampoco es siempre para chequear algunas faltas las cuales nosotros podemos determinar fácilmente: es especialmente para llamar la atención del enfermo sobre aquello que permanece en él por el egoísmo del “viejo hombre” y de todo lo que lo obstaculiza de una vida enteramente consagrada a su Dios. El primer paso que el enfermo debe tomar en la senda de la sanidad divina será por eso dejar que el Espíritu Santo de Dios pruebe su corazón y lo convenza de pecado. Después de lo cual vendrá, también, la humillación, la decisión de romper con el pecado, y la confesión. Confesar nuestros pecados es ponerlos ante Dios como en el caso de Acán (Jos. 7.23), para sujetarlos a Su juicio, con el firme propósito de no caer más en ellos. Una confesión sincera será seguida por una nueva seguridad de perdón.

*“Y si hubiere cometido pecados, le serán perdonados.”* Cuando hemos confesado nuestro pecados, debemos recibir también el prometido perdón, creyendo que Dios lo da en buena voluntad. La fe en el perdón de Dios es a menudo vaga en los hijos de Dios. O él se queda incierto, o retorna a las viejas impresiones, al tiempo cuando recibió el perdón por primera vez; pero el perdón que él ahora recibe con confianza - en respuesta a la oración de fe - le traerá nueva vida y fortaleza. El alma entonces bajo la eficacia de la sangre de Cristo, recibe del Espíritu Santo la certidumbre del perdón de los pecados, y debido a esto nada permanece obstaculizando al Salvador de llenarlo con Su amor y con Su gracia. El perdón de Dios trae consigo una vida divina la cual actúa poderosamente sobre aquel que la recibe.

Cuando el alma ha consentido hacer una confesión sincera y ha obtenido el perdón, está lista de aferrarse de la promesa de Dios; no es más difícil creer que el Señor va a levantar al enfermo. Es cuando nos encontramos alejados de Dios que es difícil creer; la confesión y el perdón nos traen bien cerca de Él. Tan pronto como la causa de la enfermedad ha sido removida, la enfermedad en si puede ser detenida. Ahora es fácil para el enfermo creer que si el Señor necesariamente sujeta el cuerpo al castigo por los pecados cometidos, Él también desea - habiendo ya sido perdonado el pecado - que el mismo cuerpo reciba la gracia que manifiesta Su amor. Su presencia es revelada, un rayo de vida - de Su vida divina - viene rápidamente al cuerpo, y el enfermo comprueba que tan pronto como él no se encuentra más separado del Señor, la oración de fe sí salva al enfermo.

## Capítulo 19

### JESÚS CARGÓ NUESTRA ENFERMEDADES

*“Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores;... justificará mi siervo justo a muchos, y llevará las iniquidades de ellos... y con los fuertes repartirá despojos; por cuanto... él llevó el pecado de muchos...”* (Isaías 53.4, 11, 12)

¿Conoce usted este hermoso capítulo, el cincuenta y tres de Isaías, el cual ha sido llamado el Quinto evangelio? A la luz del Espíritu de Dios, Isaías describe de antemano los sufrimientos del Cordero de Dios, así como las gracias divinas que resultarían de ello.

La expresión “llevó” no podía aparecer sino en esta profecía. Es, de hecho, la palabra que debe acompañar la mención del pecado, ya sea cometido directamente por el pecador, o transmitido a un substituto. El transgresor, el sacerdote, y la víctima expiatoria, todos deben llevar el pecado. De la misma forma, es debido a que el Cordero de Dios ha llevado nuestros pecados que Dios lo hirió por nuestras iniquidades. En Él no se encontró pecado, sino que se puso sobre Él; Él lo tomó voluntariamente sobre Sí mismo. Y es porque Él lo llevó - y en eso, en llevarlo - que Él puso un fin sobre eso, para que Él tenga todo el poder para salvarnos. *“Justificará mi siervo justo a muchos, y llevará las iniquidades de ellos... y con los fuertes repartirá despojos; por cuanto... él llevó el pecado de muchos...”* (Isaías 53.4, 11, 12). Y es, debido a esto, a que nuestros pecados han sido llevados por Jesucristo, que somos liberados de ellos tan pronto como creemos esta verdad; consecuentemente no necesitamos más llevarlos nosotros.

En este mismo capítulo (Isaías 53), la expresión “llevar” ocurre dos veces, pero en relación a dos cosas diferentes. Dice no solo que el Siervo justo del Señor llevó nuestros pecados (v. 12), sino también que Él llevó nuestras enfermedades (v. 4). Y así Su llevar nuestras enfermedades forma una parte integral de la obra del Redentor tanto como llevar nuestros pecados. Aunque Él estaba sin pecados, llevó nuestros pecados, y ha hecho otro tanto por nuestras enfermedades. La naturaleza humana de Jesús no pudo ser tocada por la enfermedad porque su cuerpo permaneció santo. Nunca encontramos en el relato de Su vida ninguna mención de enfermedad. Participando en todas las debilidades de nuestra naturaleza humana - hambre, sed, fatiga, y sueño, porque todas estas cosas no son consecuencia del pecado - todavía no tuvo ningún rastro de enfermedad. Como Él estaba sin pecado, la enfermedad no lo pudo agarrar, y pudo morir solamente una muerte violenta y eso por su consentimiento voluntario. Y así, no es en Él sino sobre Él que vemos tanto la enfermedad como el pecado; Él los tomó sobre Sí y los llevó de Su propio libre albedrío. Al llevarlos y tomarlos sobre Él, pudo - debido a este mismo hecho - triunfar sobre ellos, y ha adquirido el derecho de librar a Sus hijos de ellos.

El pecado ha atacado y arruinado igualmente el alma y el cuerpo. Jesús vino a salvar ambos. Habiendo tomado sobre Sí tanto la enfermedad como el pecado, Él está en una posición de hacernos libres tanto de lo uno como de lo otro, y para poder realizar esta doble liberación, Él solo espera de nosotros una sola cosa: nuestra fe.

Tan pronto como un creyente enfermo entiende el significado de las palabras: “Jesús ha llevado mis pecados” tampoco tiene temor de decir: “No necesito llevar más mis pecados, ya no están más sobre mí”. De la misma manera tan pronto como haya comprendido completamente esto y creído para sí mismo que Jesús llevó nuestras enfermedades, él no tiene temor en decir: “No necesito más llevar mi enfermedad; Jesús al llevar los pecados, también llevó la enfermedad la cual es su consecuencia, porque por ambos Él ha hecho propiciación, y me libra de ambos”.

Yo mismo he sido testigo de la bendita influencia que esta verdad ejerció un día sobre una mujer enferma. Por siete años ella ha estado casi por continuo en la cama. Sufriendo de tuberculosis, epilepsia, y otras enfermedades, estaba segura de que no tenía ninguna esperanza de curarse. Ella fue llevada al lugar donde el señor W. E. Bordman estaba llevando el servicio para los enfermos del Domingo a la tarde, y estaba tendida en una posición casi de desmayo en el sofá. Ella estaba muy poco consciente como para recordar casi nada de lo que ocurrió allí hasta que oyó las palabras “*El mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias*” (Mat. 8.17), y entonces a ella le pareció oír las palabras “Si Él ha tomado nuestras enfermedades, ¿por qué entonces las estás llevando tu misma? Levántate”. Pero ella pensó: si intento levantarme, y me caigo en el piso, ¿qué van a pensar ellos de mí? Pero la voz interna empezó de nuevo: “Si Él ha llevado mis pecados, ¿por qué tengo que llevarlos yo?” Para asombro de todos los que estaban presentes, ella se levantó, y aunque todavía muy débil, se sentó en una silla en la mesa. Desde ese momento su sanidad hizo un rápido progreso. Al final de unas pocas semanas ya no tenía más apariencia de una inválida, y más adelante sus fuerzas eran tales que pudo estar muchas horas al día visitando a los pobres. Con ese gozo y amor pudo hablar de Aquel quien era “la fuerza de su vida” (Sal. 27.1). Ella creyó que Jesús había llevado sus enfermedades y sus pecados, y su fe no fue puesta en confusión. Es así como Jesús se revela a Sí mismo como el perfecto Salvador de todos aquellos que se confían sin reservas a Él.

## **Capítulo 20**

### **¿ES LA ENFERMEDAD UN CASTIGO?**

*“Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermen. Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados; mas siendo juzgados, somos castigados por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo.” (1 Corintios 11.30-32)*

Al escribir a los Corintios, el apóstol Pablo necesita reprobarlos por la manera en que ellos llevaban a cabo la Cena del Señor, trayendo sobre sí mismos los castigos de Dios. Aquí, debido a eso, vemos la enfermedad como un juicio de Dios, un castigo por el pecado. Pablo lo ve como un castigo real debido a que más adelante él dice: “castigados por el Señor”, y agrega que eso es para evitar que caigan aun más profundamente en pecado; para prevenirlos de ser “condenados con el mundo” que ellos son afligidos así. Él los advierte que si no fueran juzgados ni castigados por el

Señor, si por medio de ese examinarse ellos descubrían la causa de la enfermedad y condenaran sus pecados, el Señor no tendría más que ejercitar Su severidad. ¿No es evidente que aquí la enfermedad es un juicio de Dios, el castigo por el pecado, y que podemos evitarlo si nos examinamos y condenamos a nosotros mismos?

Sí, la enfermedad es, más a menudo de lo que creemos, un juicio, un castigo por el pecado. Dios “*no aflige ni entristece voluntariamente a los hijos de los hombres*” (Lam. 3.33). No es sin causa que Él nos priva de salud. Tal vez es para hacernos estar atentos a algún pecado el cual podamos reconocer: “*no peques más, para que no te venga alguna cosa peor*” (Jn. 5.14); tal vez porque el hijo de Dios se ha visto envuelto en orgullo y mundanalidad; o puede ser que la auto confianza y el capricho se hayan mezclado con su servicio a Dios. Es también bastante posible que el castigo no sea directamente contra cualquier pecado en particular, sino que pueda ser el resultado de la preponderancia del pecado que pesa sobre toda la raza humana. Cuando (Jn. 9.3), en el caso del hombre nacido ciego, los discípulos le preguntaron al Señor, “*¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego?*” y Él respondió “no es que pecó éste, ni sus padres” Él no dice bajo ningún motivo que allí no hay relación entre pecado y enfermedad, sino que nos enseña a no acusar de pecadora a cada persona enferma.

En cada caso, la enfermedad es siempre una disciplina que debe llamar nuestra atención al pecado, y hacernos volver de eso. Por eso, una persona enferma debe empezar por condenar, o discernir él mismo (1 Cor. 11.31), colocándose ante su Padre celestial con un sincero deseo de ver cualquier cosa que pudo haberlo apenado, o pudo haber permitido el castigo necesario. Haciendo esto él puede con seguridad contar con la luz del Espíritu Santo, quien claramente le va a mostrar su falla. Déjelo estar listo para renunciar de una buena vez aquello que pueda discernir, y póngase a sí mismo a disposición del Señor para servirlo con perfecta obediencia, pero no deje que se imagine que él pueda conquistar al pecado por sus propios esfuerzos. No, eso es imposible para él. Pero déjelo, con toda la fuerza de su voluntad, ponerse del lado de Dios en renunciar aquello que es pecado a Sus ojos, y déjelo que crea que él es aceptado por el Señor. Haciendo esto él estará cediendo a sí mismo, consagrándose de nuevo a Dios, deseando hacer solo Su santa voluntad en todas las cosas.

Las Escrituras nos aseguran que si nos examinamos nosotros mismos el Señor no nos va a juzgar. Nuestro Padre castiga a Su hijos tanto como sea necesario. Dios busca librarnos del pecado y del egoísmo; tan pronto como lo comprendemos a Él y rompemos con esto, la enfermedad puede cesar: ha hecho su trabajo. Debemos saber lo que significa la enfermedad, y reconocer en ella la disciplina de Dios. Uno puede vagamente reconocer cuando ha cometido pecados mientras que apenas intenta definir cuáles son ellos, o si lo hace, es posible que él piense que no los puede dejar, y si decide renunciar a ellos, puede falla en contar con Dios para que Él ponga un fin al castigo. Y con todo, ¡cuán gloriosa es la seguridad que aquí nos dan las palabras de Pablo!

Querido enfermo, ¿entiende usted que Su Padre celestial tiene algo que reprueba en usted? Él hará que la enfermedad le ayude a descubrirlo, y el Espíritu Santo le guíe en la búsqueda. Entonces renuncie de golpe a aquello que Él así se lo ha mostrado. Verá que ni la más mínima sombra de eso permanece entre Su Padre y usted. Es Su

voluntad perdonar su pecado y sanarlo de su enfermedad. En Jesús tenemos tanto el perdón como la sanidad; esos son los dos lados de Su obra redentora. Él lo llama a vivir una vida de dependencia de Él en un grado mayor que el actual. Entonces abandónese a Él en una completa obediencia, y camine de aquí en más como un pequeño niño en seguir Sus pasos. Es con gozo que Su Padre celestial lo librará del castigo, Él se revelará a Sí mismo como Su Sanador, para que Él lo pueda traer más cerca suyo por esta nueva cuerda de Su amor, para hacerlo obediente y fiel en servirlo. Si, como un sabio y fiel Padre, Él ha estado obligado a castigarlo, es también como un Padre que desea sanarlo, y desea bendecirlo y guardarlo de aquí en adelante.

## **Capítulo 21**

### **LA RECETA DE DIOS PARA EL ENFERMO**

*“¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si hubiere cometido pecados, le serán perdonados.”* (Santiago 5.14, 15)

Este texto, por encima de otros, es el que declara más claramente al enfermo lo que tiene que hacer para ser sanado. La enfermedad y sus consecuencias abundan en el mundo. ¡Qué gozo es, entonces, para el creyente el aprender de la Palabra de Dios la manera de sanarse de la enfermedad! La Biblia nos enseña que es la voluntad de Dios ver a Sus hijos en buena salud. El apóstol Santiago no duda al decir que: *“la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará”*. ¡Quiera el Señor enseñarnos a oír y recibir con simplicidad lo que Su Palabra nos dice!

Note, primeramente, que aquí Santiago hace una distinción entre aflicción (o sufrimiento) y enfermedad. Él dice (v. 13) *“¿Está alguno entre vosotros afligido? Haga oración.”* Él no especifica que debe pedirse en tal caso, menos aun dice que debe pedirse liberación de la enfermedad. No, la enfermedad que puede surgir por varias causas externas es la porción de cada cristiano. Así que entendamos que el objetivo de Santiago es llevar al creyente en prueba a pedir liberación solo con un espíritu de sumisión a la voluntad de Dios, y, sobre todo, a pedir la paciencia que él considera de ser un privilegio del creyente (Santiago 1.2-4, 12; 5.7, 8).

Pero al tratar con las palabras *“¿Está alguno enfermo entre vosotros?”* Santiago responde de una manera bastante diferente. Ahora él dice con toda seguridad que el enfermo puede pedir por sanidad con confianza de manera a que la pueda conseguir, y el Señor lo oír. Hay por tanto una gran diferencia entre sufrimiento y enfermedad. El Señor Jesús habló de sufrimiento como de ser necesario, de ser querido y bendecido de Dios; mientras que de la enfermedad dice que debe ser sanada. Todos los otros sufrimientos nos vienen desde afuera, y solo van a cesar cuando Jesús triunfe sobre el pecado y la maldad que hay en el mundo; mientras que la enfermedad es un mal en el cuerpo mismo, en este cuerpo salvado por Cristo para que venga a ser el templo del Espíritu Santo, y el que, consecuentemente, debe ser sanado tan pronto como el creyente reciba por fe la obra del Espíritu Santo, la misma vida de Jesús en él.

¿Cuál es la dirección dada aquí al enfermo? Llame a los ancianos de la Iglesia, y que éstos oren por él. En los tiempos de Santiago había médicos, pero no es a ellos a quien debe buscar el creyente enfermo. Los ancianos entonces eran los pastores y líderes de las Iglesias, llamados al ministerio no porque ellos hayan pasado a través de una escuela de teología, sino porque eran llenos del Espíritu Santo, y bien conocidos por su piedad y por su fe. ¿Por qué debería ser necesaria para el enfermo? ¿No pudieron haber orado sus amigos? Sí, pero no es tan fácil para cualquiera ejercitar la fe que obtiene sanidad, y, sin dudas, ésa es una razón del por qué Santiago deseó que sean llamados hombres cuya fe sea firme y segura. Además, ellos eran los representantes ante los enfermos de la Iglesia, el cuerpo colectivo de Cristo, porque es la comunión de los creyentes el que invita al Espíritu a actuar con poder. En suma, ellos deberán, conforme al patrón del gran Pastor, cuidar del rebaño como Él lo hace, e identificarse ellos mismos con el enfermo, entender su problema, recibir de Dios el discernimiento necesario para instruirlo y alentarle a perseverar en la fe. Es, entonces, a los ancianos de la Iglesia que se encomienda la sanidad del enfermo, y son ellos, los siervos de Dios, quienes perdonan las iniquidades y curan las dolencias (Sal. 103), quienes son llamados a transmitir a otros las gracias de Dios para el alma y el cuerpo.

Finalmente, hay una promesa aun más directa que la de la sanidad; el Apóstol habla de ella como la consecuencia cierta de la oración de fe. *“Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará”*. Esta promesa debería estimular en cada creyente el deseo de la expectación de sanidad. Recibiendo estas palabras con simplicidad y así como están escritas ¿no deberíamos ver en ellas una promesa ilimitada, ofreciendo sanidad a quienquiera que ore en fe? ¡El Señor nos enseña a estudiar Su Palabra con la fe de un corazón que en verdad cree!

## Capítulo 22 EL SEÑOR TU SANADOR

*“...Ninguna enfermedad de las que envié a los egipcios te enviaré a ti; porque yo soy Yahvé tu sanador.”* (Exodo 15.26)

¡Cuán a menudo hemos leído estas palabras, sin tener la osadía de tomarlas para nosotros, y sin la expectación de que el Señor las cumpla en nosotros! Hemos visto en ellas que el pueblo de Dios debería estar exento de las enfermedades que caen sobre los Egipcios, y hemos creído que esta promesa solo se aplica al Viejo Testamento, ¡y nosotros los que vivimos bajo la economía del Nuevo Testamento no podemos esperar ser guardados o sanados de la enfermedad por la intervención directa del Señor! Y, debido a esto, como fuimos obligados a reconocer la superioridad del Nuevo Pacto, hemos llegado, en nuestra ignorancia, a alegar que la enfermedad a menudo trae grandes bendiciones, y que consecuentemente Dios ha hecho bien en dejar de lado lo que había prometido anteriormente y de no ser más para nosotros lo que fue para Israel: *“yo soy Yahvé tu sanador.”*

Pero en nuestros días vemos la Iglesia despertándose y reconociendo su error. Ella ve que es bajo el Nuevo Pacto que el Señor Jesús pasó a los discípulos Su poder de

sanar. Ella está empezando a ver que al encargar a Su Iglesia el predicar el Evangelio a cada criatura, Él ha prometido estar con ella “todos los días hasta el fin del mundo” (Mat. 28.20), y como la prueba de Su presencia, Sus discípulos tendrían el poder de poner mano sobre los enfermos, y sanarlos (Mr. 16.15-18). Ella ve, además, que en los días siguientes a Pentecostés, el milagroso derramamiento del Espíritu Santo fue acompañado por sanidades milagrosas, las cuales eran prueba evidente de las bendiciones venidas por el poder de lo alto (Hch. 3.16; 5.12; 9.40). No hay nada en la Biblia que la haga creer que la promesa hecha a Israel ha sido desde entonces retractada, y ella oye de la boca del Apóstol Santiago esta nueva promesa: “La oración de fe salvará [o sanará] al enfermo” (Stg. 5.15).

Ella sabe que en todo tiempo ha sido la incredulidad lo que ha limitado (o puesto límites) al Santo de Israel (Sal. 78.41), y ella se pregunta a sí misma si no es la incredulidad lo que obstaculiza en estos días esta manifestación del poder de Dios. ¿Quién lo puede dudar? No es a Dios ni a su Palabra a quienes se puede culpar aquí; es nuestra incredulidad lo que ataja el poder milagroso de Dios, y lo que lo detiene de sanar como en tiempos pasados. Dejemos que nuestra fe se despierte, dejemos que reconozca y adore en Cristo todo el poder de Aquel que dice: “Yo soy Yahvé tu sanador”. Es por las obras de Dios que podemos entender lo que Su Palabra nos dice: las sanidades que de nuevo están respondiendo a las oraciones de fe confirman, por gloriosas ilustraciones, la verdad de Su promesa.

Aprendamos a ver en el Jesús resucitado al Sanador divino, y recibámoslo como tal. De modo a que yo pueda reconocer en Jesús mi justificación, mi fortaleza, y mi sabiduría, debo asir por fe de que Él realmente es todo eso para mí; e igualmente cuando la Biblia me dice que Jesús es el soberano Sanador, yo debo apropiarme de esta verdad, y decir: “Sí Señor, tú eres mi Sanador”. ¿Y por qué debo asirme de Él como tal? Es porque Él se dio a Sí mismo por mí que yo soy “una planta con Él” (Rom. 6.5), y así, inseparablemente unido a Él, es que poseo Su poder sanador. Es porque Su amor se complace de llenar a Sus amados de Sus favores, para comunicarse a Sí mismo con todo Su corazón a todos los que desean recibirlo. Creamos que Él está presto a extender el tesoro de la bendición contenida en el nombre “*Yo soy Yahvé tu sanador*” a todos los que conoce y que pueden confiar en su divino nombre. Este es el tratamiento para el enfermo indicado por la ley de Su reino. Cuando traigo mi enfermedad al Señor, no dependo de lo que veo, o lo que siento o lo que pienso, sino en lo que Él dice. Aun cuando todo parezca estar en contra a la esperada sanidad, aun si es que no tiene lugar en el tiempo o en la manera en que he pensado recibirla, aun cuando los síntomas parece que solo se van agravando, mi fe, fortalecido por la misma espera, debe adherirse inamovible a esta palabra que ha salido de la boca de Dios: “*Yo soy Yahvé tu sanador*”. Dios siempre está buscando hacernos verdaderos creyentes. Sanidad y salud son de poco valor si ellas no glorifican a Dios, y sirven para unirnos más estrechamente a él. Por eso que en este asunto de la sanidad nuestra fe siempre debe ser puesta a prueba. Aquel que cuenta con el nombre de su Dios, puede oír a Jesús decirle a él: “*¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?*” (Jn. 11.40), tendrá el gozo de recibir de Dios mismo la sanidad del cuerpo, y de ver que tiene lugar de una manera digna de Dios, y en conformidad a Sus promesas. Cuando leemos estas

palabras “*Yo soy Yahvé tu sanador*”, no temamos responder vehementemente “*Sí Señor, Tú eres el Señor que me sana*”.

## **Capítulo 23** **JESÚS SANA AL ENFERMO**

*“...Y sanó a todos los enfermos; para que se cumpliese lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo: El mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias.”* (Mateo 8.16b, 17)

En el capítulo anterior hemos estudiado las palabras del profeta Isaías. Si el lector aun tiene cualquier duda con respecto a la interpretación de esa palabra que fue dada, le recordamos de aquella la cual el Espíritu Santo causó al evangelista San Mateo a escribirla. Dice expresamente con respecto a todos los enfermos que sanó Jesús: “*para que se cumpliese lo dicho por el profeta Isaías.*” Fue porque Jesús tomó sobre Él nuestras enfermedades que pudo sanarlos. Si Él no lo hubiese hecho, una parte de su obra de redención hubiese permanecido impotente y sin frutos.

Este texto de la Palabra de Dios generalmente no es comprendido de esta forma. Es la opinión generalmente aceptada que las sanidades milagrosas hechas por el Señor Jesús deben ser vistas solo como prueba de Su misericordia, o ser el símbolo de gracias espirituales. No son vistas como de ser una consecuencia necesaria de la redención, si bien esto es lo que declara la Biblia. El cuerpo y el alma han sido creados para servir conjuntamente como la habitación de Dios; la condición enfermiza del cuerpo es, así como la del alma, una consecuencia del pecado, y eso es lo que Jesús vino a tomar, para expiar y conquistar.

Cuando el Señor Jesús estuvo en la tierra, no fue en Su carácter de Hijo de Dios que sanó a los enfermos, sino como el Mediador que tomó sobre Sí las enfermedades, y esto nos permite entender por qué Jesús dio tanto tiempo a Su obra sanadora, y también el por qué el evangelista habla de eso en una manera tan detallada. Lea por ejemplo lo que Mateo dice acerca de eso: “*Y recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. Y se difundió su fama por toda Siria; y le trajeron todos los que tenían dolencias, los afligidos por diversas enfermedades y tormentos, los endemoniados, lunáticos y paralíticos; y los sanó.*” (Mt. 4.23, 24). “*Recorría Jesús todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo*” (Mt. 9.35). “*Entonces llamando a sus doce discípulos, les dio autoridad sobre los espíritus inmundos, para que los echasen fuera, y para sanar toda enfermedad y toda dolencia*” (Mt. 10.1). Cuando los discípulos de Juan el Bautista vinieron a preguntar si Él era el Mesías, para que pudiera probar eso ante ellos, contestó: “*Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio*” (11.5). Después de haber sanado al leproso, y la oposición de los Fariseos quienes buscaban destruirlo, leemos que “*le siguió mucha gente, y sanaba a todos*” (12.15). Cuando



después las multitudes le siguieron a un lugar desierto, se dice: *“Y saliendo Jesús, vio una gran multitud, y tuvo compasión de ellos, y sanó a los que de ellos estaban enfermos”* (14.14). Más adelante: *“Cuando le conocieron los hombres de aquel lugar, enviaron noticia por toda aquella tierra alrededor, y trajeron a él todos los enfermos; y le rogaban que les dejase tocar solamente el borde de su manto; y todos los que lo tocaron, quedaron sanos”* (14.35, 36). Se dice también de los enfermos que estaban entre la multitud que ellos *“se ponían a sus pies y él los sanaba”*, y Mateo agrega: *“Y se le acercó mucha gente que traía consigo a cojos, ciegos, mudos, mancos, y otros muchos enfermos; y los pusieron a los pies de Jesús, y los sanó; de manera que la multitud se maravillaba, viendo a los mudos hablar, a los mancos sanados, a los cojos andar, y a los ciegos ver; y glorificaban al Dios de Israel”* (15.30, 31). Y finalmente cuando Él vino a los bordes de Judea más allá del Jordán: *“Y le siguieron grandes multitudes, y los sanó allí”* (19.2).

Déjenos agregar a todos estos textos aquello que nos hablan en detalle los relatos de sanidad efectuados por Jesús, y preguntémosnos ¿si es que estas sanidades solo nos dan pruebas de Su poder solamente cuando estuvo aquí en la tierra, o si no son más bien el resultado continuo e indudable de Su obra de misericordia y de amor, la manifestación de Su poder de redención el cual libra el alma y cuerpo del dominio del pecado? Sí, ese fue realmente el propósito de Dios. Si entonces Jesús llevó nuestras enfermedades como una parte integral de la redención, si ha sanado a los enfermos *“para que se cumpliera lo que fue dicho por el profeta Isaías”*, y si el corazón del Salvador está siempre lleno de misericordia y de amor, nosotros podemos creer con certeza que hasta este mismo día es la voluntad de Jesús sanar al enfermo en respuesta a la oración de fe.

## **Capítulo 24**

### **ORACIÓN FERVIENTE Y EFECTIVA**

*“Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho. Elías era hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras, y oró fervientemente para que no lloviese, y no llovió sobre la tierra por tres años y seis meses. Y otra vez oró, y el cielo dio lluvia, y la tierra produjo su fruto.”* (Santiago 5.16-18)

Santiago sabía que una fe que obtiene sanidad no es el fruto de la naturaleza humana; por eso agrega que la oración debe ser “ferviente”. Solo la tal puede ser eficaz. En esto él se basa sobre el ejemplo de Elías, un hombre de la misma naturaleza (sujeto a las mismas pasiones) como nosotros, mostrando por eso la inferencia que nuestra oración puede ser - y debe ser - de la misma naturaleza que la de él. ¿Cómo entonces oró Elías? Esto va a arrojar alguna luz sobre cómo debe ser la oración de fe.

Elías había recibido la promesa de Dios que la lluvia estaba por caer sobre la tierra (1 Re. 18.1), y había declarado esto a Acab. Fortalecido en la promesa de su Dios, sube al Monte Carmelo para orar (1 Re. 18.42; Stg. 5.18). Él sabe, él cree que la voluntad de Dios es enviar lluvia, y debido a esto debe orar, o la lluvia no vendría. Su

oración no es un formulismo vacío; es un poder real; la eficacia acerca de la cual está a punto de hacerse sentir el cielo. Dios desea que llueva, pero la lluvia solo vendría a pedido de Elías; un pedido repetido con fe y perseverancia hasta la aparición de la primera nube en el cielo. De modo a que la voluntad de Dios pueda cumplirse, esta voluntad debe por un lado ser expresada por una promesa, y por el otro debe ser recibida y asida por el creyente que ora. Entonces él debe perseverar en oración para mostrar a su Dios que su fe espera una respuesta, y que no cesará hasta que sea obtenida.

Así es como la oración debe ser hecha para el enfermo. En la promesa de Dios “el Señor lo levantará” uno debe descansar, y Su voluntad de sanar debe ser reconocida. Jesús mismo nos enseña a orar con fe, la cual cuenta con la respuesta de Dios, Él nos dijo: *“Por tanto, os digo que todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá”* (Mr. 11.24). Luego de la oración de fe la cual recibe de antemano aquello que Dios ha prometido, viene la oración de perseverancia, la cual no pierde de vista lo que ha sido pedido hasta que Dios cumpla Su promesa (1 Re. 18.43). Puede que haya algún problema que obstaculiza el cumplimiento de la promesa; ya sea del lado de Dios y de Su justicia (Dt. 9.18), o del lado de Satanás y su constante oposición a los planes de Dios; algo que todavía puede impedir la respuesta a la oración (Dan. 10.12, 13). También puede ser que nuestra fe deba ser purificada (Mat. 15.22-28). Sea lo que sea, nuestra fe es llamada a perseverar hasta que llegue la respuesta. Aquel que ora seis veces fervientemente y se detiene ahí, cuando debería haber orado siete veces (2 Re. 13.18, 19), se priva a sí mismo de la respuesta a su oración.

Perseverancia en la oración: una perseverancia que fortalece la fe del creyente contra lo que parece oponerse a la respuesta, es un milagro real; es uno de los impenetrables misterios de la vida de fe. ¿No nos dice que el redimido por el Salvador es realmente Su amigo, un miembro de Su cuerpo, y que el gobierno del mundo y los dones de la gracia divina dependen de alguna manera de sus oraciones? La oración, por eso, no es una forma vana. Es la obra del Espíritu Santo quien intercede en nosotros aquí en la tierra, y por nosotros; y como tal, es tan eficaz como indispensable como la obra del Hijo intercediendo por nosotros ante el trono de Dios. Puede parecer extraño que después de haber orado con la certeza de haber sido oído, y de haber visto de ahí en más la voluntad de Dios, nosotros todavía necesitamos continuar en oración. Pero, con todo, así es. En Getsemaní, Jesús oró sucesivamente tres veces. En el Monte Carmelo Elías oró siete veces; y nosotros, si creemos la promesa de Dios sin dudar, debemos orar hasta que recibamos la respuesta. Tanto el amigo inoportuno a medianoche, como la viuda que perseguía al juez injusto, son ejemplos de perseverancia en buscar el final esperado.

Aprendamos de Elías a orar para humillarnos a nosotros mismos, a reconocer por qué el poder de Dios no puede ser más manifestado en la Iglesia, ya sea en la sanidad del enfermo, o en conversión o santificación. *“No recibís porque no pedís”* (Stg. 4.2). Dejemos también que nos enseñe paciencia. En los casos donde la sanidad se retrasa, recordemos que pueden existir obstáculos sobre los cuales solo la perseverancia en oración puede triunfar. La fe que cesa de orar, o es permitida relajarse en su fervor, no se puede apropiarse de aquello que sin embargo ya Dios lo ha dado. No dejemos que

nuestra fe en las promesas de las Escrituras sea sacudidas por aquellas cosas que todavía están fuera de nuestro alcance. La promesa de Dios permanece igual: *“La oración de fe salvará al enfermo”*. Que la oración de Elías fortalezca nuestra fe. Recordemos que debemos imitar a aquellos quienes a través de fe y paciencia heredaron las promesas (Heb. 6.12). Si aprendemos a perseverar en oración, sus frutos siempre serán más abundantes, siempre más evidentes, y obtendremos, así como Jesús lo obtuvo cuando estaba en la tierra, sanidad para el enfermo - a menudo inmediata sanidad - la cual traerá gloria a Dios.

## **Capítulo 25** **ORACIÓN INTERCESORA**

*“Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho.”* (Santiago 5.16)

Santiago empieza por decirnos acerca de las oraciones de los ancianos de la iglesia, pero aquí se dirige a todos los creyentes diciendo: *“Orad los unos por los otros, para que seáis sanados”*. Habiendo ya hablado de la confesión y perdón, agrega: *“Orad unos por otros”*.

Esto nos muestra que la oración de fe que pide sanidad no es la oración de un creyente aislado, sino que debe unir a los miembros del Cuerpo de Cristo en la comunión del Espíritu. Dios ciertamente oye la oración de cada uno de Sus hijos tan pronto como la misma es presentada a Él con una fe viva, pero el enfermo no siempre posee una fe como esta. Debido a eso, para que el Espíritu Santo pueda venir a obrar con poder, debe haber generalmente una unión de varios miembros del Cuerpo de Cristo clamando unánimes por Su presencia.

Esta dependencia de nuestros hermanos debe ser ejercitada de dos maneras. Primeramente debemos confesar nuestros pecados a cualquiera contra los cuales hemos pecado, y recibir de ellos el perdón. Pero aparte de esto, si uno que está enfermo ha sido traído a ver en tal o cual pecado que haya cometido la causa de su enfermedad, y reconoce en eso un castigo de Dios, él debería en tal caso reconocer sus pecados ante los ancianos o hermanos en Cristo que oran por él, y quienes así están capacitados para hacer esto con más luz y más fe. Tal confesión también será un toque que pruebe la sinceridad de su arrepentimiento, porque es más fácil confesar nuestros pecados ante Dios que ante los hombres. El resultado será una comunión más estrecha entre el enfermo y aquellos que interceden por él, y la fe de todos será vivificada de nuevo.

*“Orad los unos por los otros, para que seáis sanados”*. ¿No contesta claramente esto aquello que tan a menudo se oye decir: Cuál es el propósito de ir a M. Zeller en Suiza, Dr. Cullis in América, o a Bethshan en Londres? ¿No oye el Señor en cualquier lugar que ella se ofrece? Si; sin ninguna duda en cualquier lugar donde la oración con fe viva se eleva hacia Dios, lo encuentra a Él presto para otorgar sanidad; pero la Iglesia ha sido tan negligente a creer en esta verdad, que es una cosa rara en estos días encontrar cristianos capaces de orar de esta manera. Y por no eso no podemos

terminar de agradecer al Señor que ha inspirado a ciertos creyentes con el deseo de consagrar sus vidas, en parte, a dar testimonio de la verdad de la sanidad divina. Sus palabras y su fe despiertan fe en el corazón de muchos enfermos, quienes, sin su ayuda, nunca hubieran llegado a eso. Son precisamente estas pocas personas las que siempre dicen a todo el mundo: “El Señor se encuentra en todas partes”. Los cristianos deben aprender a no rechazar siquiera la parte más mínima del maravilloso poder de su Dios, y Él será capaz de manifestar a todos que Él es siempre *“Yahvé tu Sanador”* (Ex. 15.26). Prestemos atención a la Palabra de Dios, para confesarnos unos a otros, y orar unos por otros para que seamos sanados.

Santiago muestra aquí todavía otra condición esencial para la oración exitosa: debe ser la oración del justo. *“La oración eficaz del justo puede mucho.”* La Escritura nos dice que *“el que hace justicia es justo, como él [Jesús] es justo”* (1 Jn. 3.7). Santiago mismo fue apodado “El Justo”, debido a su piedad y lo tierno de su conciencia. Ya sea un “anciano” o un simple creyente, es solo después que uno está completamente rendido a Dios y viviendo en obediencia a Su voluntad que uno puede orar efectivamente por los hermanos. Juan dice que *“y cualquiera cosa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él”* (1 Jn. 3.22). Es por eso la oración de uno que vive en íntima comunión con Dios la que “puede mucho”. Es a tal oración a la que Dios concederá la respuesta, la cual Él no podrá dar a cualquier otro de sus hijos.

A menudo oímos decir estas palabras: “La oración de justo puede mucho”, pero raramente es tomado en relación con el contexto, o recordada que es especialmente la sanidad divina la que está en cuestión aquí. ¡Oh, que el Señor levante en Su Iglesia muchos de estos hombres justos, animados con una fe viva, a quienes Él pueda usar para glorificar a Jesús como Sanador de los enfermos!

## **Capítulo 26** **LA VOLUNTAD DE DIOS**

*“Hágase tu voluntad”*. (Mt. 6.10)

*“Si el Señor quiere”*. (Stg 4.15)

En días de enfermedad, cuando los médicos y los remedios fallan, se recurre generalmente a las palabra que aquí hemos citado, y ellas fácilmente pueden volverse una piedra de tropiezo en el camino de la sanidad divina. “¿Cómo puedo yo saber - se preguntan - si es que no es la voluntad de Dios que yo permanezca enfermo? Y en tanto esta sea una pregunta lícita, ¿cómo puedo creer en la sanidad, cómo puedo orar por ella con fe?” Aquí la verdad y el error parecen tocarse. Efectivamente es imposible orar con fe cuando no estamos seguros si estamos pidiendo conforme a la voluntad de Dios. “Yo puedo - puede decir alguno - orar fervientemente en pedir a Dios que haga lo mejor por mí, creyendo que Él me va a sanarme si es posible”. En tanto que uno ore así, uno en verdad está orando con sumisión, pero esta no es la oración de fe. Eso solamente es posible cuando tenemos la certeza que estamos pidiendo de acuerdo con la voluntad de Dios. La cuestión entonces se resuelve a sí misma al estar seguro de

qué es la voluntad de Dios. Es un gran error pensar que el hijo de Dios no puede saber cuál es Su voluntad acerca de la sanidad.

De modo a conocer Su voluntad divina, debemos ser guiados por la Palabra de Dios. Es Su Palabra la que nos promete sanidad. La promesa de Santiago 5 es tan absoluta que es imposible negarla. Esta promesa solo confirma otros pasajes, igualmente fuertes, que nos dicen que Jesucristo ha obtenido para nosotros la sanidad de nuestras dolencias, porque Él ha tomado nuestras enfermedades. De acuerdo a esta promesa, tenemos derecho a la sanidad, porque es parte de la salvación la cual tenemos en Cristo, y debido a eso podemos esperarla con certidumbre. La Escritura nos dice que la enfermedad es, en las manos de Dios, el medio para disciplinar a Sus hijos por sus pecados, pero que la disciplina cesa tan pronto como Su hijo sufriente reconoce y se vuelve del pecado. ¿No es lo mismo decir claramente que Dios desea hacer solamente uso de la enfermedad para traer de nuevo a Sus hijos cuando estos se extravían?

Cristiano enfermo, abra su Biblia, estúdiela, y vea en sus páginas que la enfermedad es una advertencia para renunciar al pecado, pero que cualquiera que reconozca y deje de lado sus pecados encontrará en Jesús perdón y sanidad. Tal es la promesa de Dios en Su Palabra. Si el Señor tenía en vista alguna otra dispensación para tales de Sus hijos a quienes Él está por llamarlos a casa con Él, les haría conocer a ellos Su voluntad, dándoles por medio del Espíritu Santo el deseo de partir. En otros casos especiales, Él despertará alguna convicción especial, pero como regla general, la Palabra de Dios nos promete sanidad en respuesta a la oración de fe.

“Mas sin embargo - podría decir alguno - ¿no es mejor en todos los casos dejarlo a la voluntad de Dios?” Y ellos mencionan el caso de tal o cual cristiano que, por así decir, habrían forzado la mano de Dios por sus oraciones sin agregar “Hágase tu voluntad”, y que no habrían experimentado bendiciones en respuesta a sus oraciones. Y estos dirán: “¿Cómo sabremos si la enfermedad no es mejor para nosotros que la salud?” Note aquí que no hay tal cosa como forzar la mano de Dios, ya que es Su Palabra la que nos dice que es Su voluntad sanarnos. “La oración de fe salvará al enfermo”. Dios desea que la salud del alma tenga una bendición reflejada en la salud del cuerpo, que la presencia de Jesús en el alma pueda tener su confirmación en la buena condición del cuerpo. Y cuando sabe que tal cosa es Su voluntad, no puede, hablando de esta manera, decir verdaderamente que usted realmente le deja a Él todas las cosas. No es dejarlo a Él cuando usted hace uso de todos los remedios posibles para sanarse en vez de asirse de Su promesa. Su sumisión no es nada más que pereza espiritual en vista a lo que Dios le manda hacer.

En cuanto a saber si la enfermedad no es mejor que la salud, no dudamos en responder que la vuelta de la salud, cual es el resultado de haber dejado el pecado, de consagración a Dios, y de una comunión definitiva con Dios, es infinitamente mejor que la enfermedad. “*Pues la voluntad de Dios es vuestra santificación*” (1 Ts. 4.3), y es por sanidad que Dios confirma la realidad de esto. Cuando Jesús viene a tomar posesión de nuestro cuerpo, y lo cura milagrosamente, cuando sigue que la salud debe ser mantenida día a día con una ininterrumpida comunión con Él, la experiencia que así ganamos del poder del Salvador y de su amor es un resultado muy superior a

cualquiera que la enfermedad pueda ofrecer. Sin dudas la enfermedad nos puede enseñar sumisión, pero sanidad recibida directamente de Dios nos da un mejor conocimiento de Dios, y nos enseña mejor a confiar en Él. Además prepara al creyente a cumplir mejor el servicio a Dios.

Cristiano que está enfermo, si realmente busca conocer cuál es la voluntad de Dios en este asunto, no se deje influenciar por las opiniones de otros, ni aún por sus antiguos prejuicios, sino oiga y estudie lo que la Palabra de Dios tiene que decir. Examine si es que no le dice que la sanidad divina es parte de la redención de Jesús, y que Dios desea que cada creyente deba tener el derecho de pedirlo; vea si es que no promete que la oración de cada hijo de Dios para este asunto deba ser oída, y si es que salud restaurada por el poder del Espíritu Santo no manifiesta la gloria de Dios a los ojos de la Iglesia y del mundo. Inquiera en eso; va a responderle, que, de acuerdo a la voluntad de Dios, la enfermedad es una disciplina ocasionada por el pecado (o deficiencia), y que la sanidad, otorgada por la oración de fe, testimonia de Su gracia la cual perdona, santifica, y quita el pecado.

## **Capítulo 27** **OBEDIENCIA Y SALUD**

*“Y Moisés clamó a Yahvé, y Yahvé le mostró un árbol; y lo echó en las aguas, y las aguas se endulzaron. Allí les dio estatutos y ordenanzas, y allí los probó; y dijo: Si oyeres atentamente la voz de Yahvé tu Dios, e hicieres lo recto delante de sus ojos, y dieres oído a sus mandamientos, y guardares todos sus estatutos, ninguna enfermedad de las que envié a los egipcios te enviaré a ti; porque yo soy Yahvé tu sanador.”* (Exodo 15.25, 26)

Fue en Mara que el Señor dio a Su pueblo esta ordenanza. Israel acababa de ser liberado del yugo de Egipto cuando su fe fue puesta a prueba en el desierto por las aguas de Mara. Fue después que Él endulzó las aguas amargas que el Señor prometió que no pondría sobre los hijos de Israel ninguna de las enfermedades que había puesto sobre los egipcios, en tanto que ellos le obedezcan. Ellos estarían expuestos a otras pruebas, algunas veces sufrirían la necesidad de pan y de agua, y encontrarían grandes peligros; todas estas cosas podrían venir sobre ellos a pesar de su obediencia, pero la enfermedad no podría tocarlos. En un mundo aun bajo el poder de Satanás, ellos podrían ser un blanco de ataques viniendo desde dentro o desde fuera, pero sus cuerpos no serían oprimidos con enfermedades, porque Dios los había librado de eso. ¿No había dicho Él *“Si oyeres atentamente la voz de Yahvé tu Dios... ninguna enfermedad de las que envié a los egipcios te enviaré a ti; porque yo soy Yahvé tu sanador?”* Y en otra parte: *“Mas a Yahvé vuestro Dios serviréis... y yo quitaré toda enfermedad de en medio de ti.”* (Ex. 23.25; lea también Lev. 26.14, 16; Dt. 7.15, 23; 28.15-61).

Esto llama nuestra atención a una verdad de la mayor importancia: la íntima relación que existe entre obediencia y salud, entre santificación - la cual es la salud en el alma - y la sanidad divina que asegura la salud del cuerpo; ambas están

comprendidas en la salvación que viene de Dios. Es de resaltar que en muchos lenguajes estas tres palabras: salvación, sanidad, y santificación, derivan de la misma raíz y presentan el mismo pensamiento fundamental. (Por ejemplo, en alemán *Heil es* salvación; *Heilung es* sanidad; y *Heilchung es* santificación). La salvación es la redención la cual el Salvador ha obtenido para nosotros, salud es la salvación del cuerpo la cual también viene a nosotros del Divino Sanador, y por último, la santificación nos recuerda de que verdadera salvación y verdadera salud consiste en ser santos como Dios es Santo. Y por eso es que dando salud al cuerpo y santificación al alma que Jesús es realmente el Salvador de Su pueblo. Nuestro texto claramente declara la relación que existe entre santidad de vida y la sanidad del cuerpo. Las expresiones que hablan de esto parecen estar multiplicadas a propósito: “*Si oyeres atentamente..., e hicieres lo recto..., y dieres oído a sus mandamientos..., y guardares todos sus estatutos, ninguna enfermedad... te enviaré a ti*”.

Aquí tenemos la llave a toda verdadera obediencia y santidad. A menudo pensamos que sabemos bien la voluntad de Dios revelada en Su Palabra; pero ¿por qué este conocimiento no trae obediencia? Es porque para obedecer debemos empezar por oír. “*Si oyeres atentamente la voz de Yahvé tu Dios... y dieres oído...*”. Tan pronto como la voz de Dios me alcanza a través de la voz del hombre - o a través de la lectura de un libro - puede crear un pequeño poder en mí, mientras que si entro en directa comunión con Dios, y escucho Su voz, Su mandamiento es vivificado por un vivo poder para facilitar su cumplimiento. Cristo es la Palabra viva y el Espíritu santo es Su voz. Escuchar Su voz significa renunciar a toda nuestra voluntad y sabiduría, cerrar el oído a cualquier otra voz de modo a no esperar otra dirección que la del Espíritu Santo. Uno que es redimido es como un siervo o un niño, que necesita ser dirigido; él sabe que pertenece enteramente a Dios, y que todo su ser: espíritu, alma, y cuerpo, debe glorificar a Dios.

Pero él también es igualmente conciente que esto está por encima de sus fuerzas, y que necesita recibir, hora tras hora, la dirección que necesita. También sabe que el mandamiento divino, en tanto sea una letra muerte para él, no le puede impartir fortaleza y sabiduría, y que es solo cuando atentamente presta oído, que va a obtener la deseada fortaleza; por esto, él así oye y aprende a cumplir las leyes de Dios. Esta vida de atención y acción, de renunciamiento y crucifixión, constituye una vida santa. El Señor nos trae a eso primeramente por la enfermedad, y nos hace entender eso que nos está faltando, y así también por medio de la sanidad, la cual llama al alma a una vida de continua atención a la voz de Dios.

La mayoría de los cristianos no ven en la sanidad divina nada más que una bendición temporal para el cuerpo, mientras que en la promesa de nuestro Dios santo su finalidad es hacernos santos. El llamado a la santidad suena diariamente más fuerte y más claro en la Iglesia. Más y más creyentes están empezando a entender que Dios quiere que ellos sean como Cristo: y el Señor nuevamente comienza a hacer uso de Su virtud sanadora, buscando a partir de eso que todavía en nuestro días el Santo de Israel es “Yahvé tu sanador”, y que es Su voluntad guardar a Su pueblo tanto sano en el cuerpo como en la obediencia. Deje que aquel que busca sanidad del Señor la reciba con gozo. No es una obediencia legal la que se requiere de él, una obediencia que

dependa de sus propias fuerzas. No; Dios le pide, por el contrario, el abandonarse de un pequeño niño, la atención que oye y consiente ser guiado. Esto es lo que Dios espera de él; y la sanidad del cuerpo será el resultado de su fe como la de un niño, porque el Señor se revelará a Sí mismo como el poderoso Salvador que sana el cuerpo y santifica el alma.

## **Capítulo 28**

### **LA ENFERMEDAD Y SANIDAD DE JOB**

*“Entonces salió Satanás de la presencia de Yahvé, e hirió a Job con una sarna maligna desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza.” (Job 2.7)*

El velo que oculta de nosotros el mundo invisible es levantado por un momento en la misteriosa historia de Job; esto nos revela un cielo e infierno muy ocupados con los siervos de Dios sobre la tierra. Vemos ahí las tentaciones peculiares a las enfermedades, y cómo Satanás hace uso de ellas para disputar con Dios, y buscar la perdición del alma del hombre; mientras Dios, por el contrario, busca santificarlos con el mismo método. En el caso de Job vemos a la luz de Dios de dónde procede la enfermedad, cuál es el resultado que debe tener, y cómo es posible ser liberado de ella.

¿De dónde viene la enfermedad, de Dios o de Satanás? Las opiniones sobre este punto difieren variadamente. Algunos sostienen que vienen de Dios, otros ven en ella la obra del maligno. Ambos están en el error debido a que ellos mantienen sus puntos de vista excluyendo lo que sostiene la otra parte, mientras que ambos están en lo correcto si es que admiten que hay dos lados de esta cuestión. Digamos entonces que la enfermedad viene de Satanás, pero ella no puede existir sin el permiso de Dios. Por un lado, el poder de Satanás es el de un opresor el cual no tiene ningún derecho de efectuar un ataque sobre el hombre, por el otro lado los reclamos de Satanás son legitimados en que la justicia de Dios decreta que aquel que cede a sí mismo a Satanás, se pone bajo su dominio.

Satanás es el príncipe del reino de las tinieblas y del pecado; la enfermedad es la consecuencia del pecado. En esto es constituido el derecho de Satanás sobre el cuerpo del hombre pecador. Él es el príncipe de este mundo, así reconocido por Dios, hasta el tiempo en que él sea conquistado y destronado. Consecuentemente él tiene cierto poder sobre todos aquellos que permanecen aquí bajo su jurisdicción. Él entonces es el que atormenta al hombre con enfermedades y busca de este modo apartarlos de Dios y así poder arruinarlos.

Pero - nos apresuraremos a decir - el poder de Satanás está lejos de ser todopoderoso; él no puede hacer nada sin la autorización de Dios. Dios le permite hacer todo lo que hace al tentar al hombre, aun a creyentes, pero es debido a que las pruebas puedan hacer nacer en ellos el fruto de santidad. Se dice también que Satanás tiene el poder de la muerte (Heb. 2.14), de que en todas partes donde reina la muerte él está obrando, y sin embargo no tiene poder para decidir la muerte de los siervos de Dios sin el expreso consentimiento de Dios. También es así con las enfermedades. Debido al pecado, la enfermedad es el trabajo de Satanás, pero como la suprema



dirección de este mundo pertenece a Dios, también puede ser considerado como la obra de Dios. Todos los que están familiarizados con el libro de Job saben cuán claramente esto se manifiesta allí.

¿Cuál debería ser el resultado de la enfermedad? El resultado será bueno o malo de acuerdo a si Dios o Satanás tienen la victoria sobre nosotros. Bajo la influencia de Satanás, una persona enferma siempre se hunde más en el pecado. Él no reconoce al pecado de ser la causa del castigo, y se ocupa exclusivamente consigo mismo y con sus sufrimientos. No desea nada más que ser sanado, sin soñar tener el deseo de ser librado del pecado. Por el contrario, cuando Dios gana la victoria, la enfermedad guía al enfermo un deseo de ser librado del pecado, y abandonarse a Dios. La historia de Job ilustra esto. Sus amigos lo acusaban - injustamente - de haber cometido pecados de una gravedad excepcional, y debido a ellos el haber traído sobre sí mismo esos terribles sufrimientos. Pero sin embargo no era nada de esto, ya que Dios mismo había dado testimonio de que él era *“varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal”* (Job. 2.3). Pero al defenderse a sí mismo, Job fue demasiado lejos. En vez de humillarse ante el Señor, y reconocer sus pecados ocultos, buscó en su justicia propia el justificarse a sí mismo. No fue sino hasta que el Señor le apareció que él vino a decir: *“Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza”* (Job. 42.6). Para él la enfermedad vino a ser una señal de bendición que lo llevó a conocer a Dios de una nueva forma, y de humillarse más que nunca ante Él. Esta es la bendición que Dios desea que nosotros también podamos recibir cuando sea que Él permita a Satanás golpearnos con enfermedad, y este final es obtenido por los todos los que sufren quienes se abandonan a sí mismos sin reservas a Él.

¿Cómo vamos a ser liberados de la enfermedad? Un padre nunca prolonga el castigo de su hijo más allá del tiempo necesario. Dios, también, quien tiene Su propósito en permitir la enfermedad, no prolongará el castigo más de lo que sea necesario para obtener el fin deseado. Tan pronto como Job lo entendió a Él, desde el tiempo que él se condenó a sí mismo y se arrepintió en polvo y cenizas, habiendo oído lo que Dios le había revelado de Sí mismo, el castigo llegó a su fin. Dios mismo lo libró de la mano de Satanás y lo sanó de su enfermedad.

¿Entenderían los enfermos en nuestros días que Dios tiene un propósito distinto en permitir el castigo, y que tan pronto como el mismo es obtenido, tan pronto como el Espíritu Santo les haya guiado a confesar y apartarse de sus pecados y consagrarse a sí mismos enteramente al servicio del Señor, el castigo no va a ser más necesario, que el Señor puede y va a liberarlos! Dios usa a Satanás como un sabio gobernante usa a un carcelero. Él solo deja a Sus hijos en su poder por un cierto tiempo, después del cual Su buena voluntad es asociarnos en la redención de Aquel que ha conquistado a Satanás, que nos ha quitado de su dominación al llevar en nuestro lugar, nuestros pecados y nuestras enfermedades.

## **Capítulo 29** **LA ORACIÓN DE FE**

*“Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará”* (Santiago 5.15)

¿La oración de fe! Esta expresión ocurre solo una vez en la Biblia, y es en relación a la sanidad del enfermo. La Iglesia ha adoptado esta expresión, pero difícilmente ella alguna vez ha recurrido a la oración de fe excepto por asuntos de obtener otras gracias; cuando que de acuerdo a las Escrituras, su intención especial es para sanar al enfermo.

¿Esperaba el Apóstol sanidad solo por medio de la oración de fe, o la misma debería ser acompañada por el uso de remedios? Esta es generalmente la cuestión que se plantea. Se decide fácilmente si tomamos en consideración el poder de la vida espiritual de la Iglesia en los primeros tiempos: los dones de sanidad impartido a los Apóstoles por el Señor, aumentado por el subsecuente derramamiento del Espíritu Santo (Hch. 4.30; 5.15, 16); lo que Pablo dice de estos dones de sanidad por el mismo Espíritu (1 Cor. 12.9); lo que Santiago insiste, cuando, de manera a fortalecer al lector en la expectación de fe, recuerda la oración de Elías y la maravillosa respuesta de Dios (Stg. 5.14-17). ¿No muestra todo esto claramente lo que el creyente debiera esperar para la sanidad en respuesta solamente a la oración de fe, y sin la ayuda de remedios?

Otra cuestión se plantea: ¿El uso de remedios excluye la oración de fe? A esto creemos que nuestra respuesta debe ser: No, porque la experiencia de un gran número de creyentes testimonia que en respuesta a sus oraciones Dios a menudo bendijo el uso de remedios, e hizo de ellos un medio de sanidad.

Venimos aquí a una tercera pregunta: ¿Cuál es entonces la línea a seguir para que podamos probar con gran certeza, y de acuerdo a la voluntad de Dios, la eficacia de la oración de fe? ¿Es - de acuerdo a Santiago - dejar de lado todos los remedios o en usar remedios como lo hacen la mayoría de los creyentes? ¿En pocas palabras, es con o sin remedios que la oración de fe obtiene mejor la gracia de Dios? ¿Cuál de estos dos métodos será mejor dirigido para la gloria de Dios y por la bendición del enfermo? ¿No es perfectamente simple responder que si la prescripción y la promesa en Santiago se aplican a los creyentes de nuestros días, ellos encontrarán bendición en recibirlos así como les fue dado a los creyentes de entonces, conformándonos a ellos en todos los puntos, esperando sanidad solo del mismo Señor, sin la necesidad de la ayuda de remedios? Es, de hecho, en este sentido que la Escritura siempre habla de una fe efectiva y de la oración de fe.

Tanto la ley de la naturaleza como el testimonio de la Escritura nos muestran que Dios a menudo hace uso de agentes intermediarios para manifestar Su gloria; pero ya sea por la experiencia o por la Escritura, sabemos también que bajo el poder de la caída, y el imperio de nuestros sentidos, nuestra tendencia es la de dar más importancia a los remedios que a la directa acción de Dios. A menudo sucede que los remedios se ocupan en interceptar la presencia de nuestro Dios y de apartarnos de Él. Y así, las leyes y las propiedades de la naturaleza, las cuales fueron destinadas a llevarnos de vuelta a Dios, tienen el efecto contrario. Y esto es el por qué el Señor al llamar a Abraham a ser el padre de Su pueblo elegido no recurrió a las leyes de la naturaleza (Rom. 4.17-21). Dios formaría para Sí un pueblo de fe, viviendo más en lo invisible que en las cosas visibles; y de modo a guiarlos a esta vida, fue necesario quitarles la confianza en los medios ordinarios. Por eso vemos que no fue por vías ordinarias trazadas en la naturaleza, que Él pudo guiar a Abraham, Moisés, Josué,

Gedeón, los Jueces, David, y muchos otros reyes de Israel. Su objetivo fue enseñarles por medio de esto a confiar solo en Él, que lo conozcan como Él es: *“Tú eres el Dios que hace maravillas”* (Sal. 77.14).

Dios desea actuar de la misma manera con nosotros. Es cuando buscamos caminar de acuerdo a Su prescripción de Santiago 5, abandonando las cosas que se ven (2 Cor. 4.18) para asirnos de la promesa de Dios, y así recibir directamente de Él la deseada sanidad, pues descubrimos cuánta importancia le hemos dado a los remedios terrenales. Sin duda hay cristianos que hacen uso de remedios sin dañar su vida espiritual, pero la mayoría de ellos son aptos para confiar mucho más en los remedios que en el poder de Dios. Ahora, el propósito de Dios es guiar a Sus hijos a una comunión más íntima con Cristo, y es justo esto lo que pasa cuando por fe nos encomendamos a Él como nuestro soberano Sanador, contando solamente con Su presencia invisible. Renunciar a los remedios fortalece la fe de una manera extraordinaria. La sanidad se vuelve, entonces - más que la enfermedad - una fuente innumerable de bendiciones espirituales. Hace real en nosotros lo que la fe puede lograr; establece un nuevo lazo entre Dios y el creyente, y empieza en él una vida de confianza y dependencia. El cuerpo igualmente con el alma son colocados bajo el poder del Espíritu Santo, y la oración de fe que salva al enfermo, guía de esta manera a una vida de fe, fortalecida por la seguridad de que Dios manifiesta Su presencia en nuestra vida terrenal.

### **Capítulo 30**

#### **UNGIENDO EN EL NOMBRE DEL SEÑOR**

*¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor.”* (Santiago 5.14)

“Ungiéndole con aceite en el nombre del Señor”. Estas palabras han dado lugar a controversias. Algunos han tratado de deducir de ellos que, muy lejos de la prescripción de recurrir a la oración de la fe sola sin el uso de remedios, Santiago mencionaba, por el contrario, el unguir con aceite como el remedio a ser empleado, y que unguir en el nombre del Señor no tiene otro significado que frotar al paciente con aceite. Pero desde que esta prescripción se aplica a toda clase de enfermedades, esto sería atribuir al aceite una virtud milagrosa contra todas las enfermedades. Veamos lo que la Escritura nos dice acerca de unguir con aceite, y qué sentido le atribuye a estas palabras.

Era costumbre de la gente en el Oriente unguirse ellos mismos con aceite después de tomar un baño; era más refrescante en climas calientes. Vemos también que todos aquellos que fueron llamados al servicio especial de Dios tenían que ser ungidos con aceite, como una señal de consagración a Dios, y de la gracia que ellos recibirían para cumplir su vocación. Por eso, el aceite que era usado para unguir a los sacerdotes y al tabernáculo era visto como “el más santo” (Ex. 30.22-32), y donde sea que la Biblia

habla de unguir con aceite, es un emblema de santidad y consagración. En ningún lado en la Biblia encontramos que el aceite era usado como un remedio.<sup>4</sup>

Efectivamente una vez la unción con aceite es mencionada en relación con la enfermedad, pero su lugar ahí fue evidentemente para una ceremonia religiosa y no como un remedio. En Marcos 6.13 leemos que los doce *“echaban fuera muchos demonios, y ungián con aceite a muchos enfermos, y los sanaban”*. Aquí la sanidad de los enfermos corre paralela con el echar demonios: ambos el resultado de un poder milagroso. Tal era la clase de misión que Jesús había ordenado a Sus discípulos cuando los envió de dos en dos: *“...les dio autoridad sobre los espíritus inmundos, para que los echasen fuera, y para sanar toda enfermedad y toda dolencia”* (Mat. 10.1). Vemos que era el mismo poder que les permitía ya sea echar demonios o sanar al enfermo.

Pero busquemos descubrir qué era simbolizado por el aceite administrado por los doce. En el Antiguo Testamento, el aceite era el símbolo del don del Espíritu Santo: *“El Espíritu de Yahvé el Señor está sobre mí, porque me ungió Yahvé”*, etc. (Is. 61.1). Se dice del Señor Jesús en el Nuevo Testamento: *“Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret”* (Hch. 10.38), y se dice de los creyentes: *“Pero vosotros tenéis la unción del Santo”* (1 Jn. 2.20). Algunas veces el hombre siente la necesidad de una señal visible apelando a sus sentidos - que puede venir en su ayuda para sostener su fe - y le permita captar del significado espiritual. La unción, por eso, debe simbolizar para el enfermo una acción del Espíritu Santo quien da la sanidad.

¿Necesitamos ser ungidos así como también la oración de fe? Es la Palabra de Dios lo que prescribe esto, y es con motivo de seguir sus enseñanzas que la mayoría de aquellos que oran por sanidad sean ungidos; no que ellos lo consideren indispensable, sino para mostrar que ellos están prestos a someterse a la Palabra de Dios en todas las cosas. En la última promesa hecha por el Señor Jesús, Él ordenó el imponer las manos, no el unguir, para hacer efectiva la virtud sanadora (Mr. 16.18). Cuando Pablo circuncidó a Timoteo, y cuando tomó sobre sí mismo un voto especial, era para demostrar que él no tenía objeciones en observar lo instituido en el Viejo Pacto en tanto la libertad del Evangelio no sufra pérdida por eso. De la misma forma, Santiago, la cabeza de la Iglesia de Jerusalén, fiel en preservar tanto como pudiera lo instituido por sus padres, continuó el sistema del Espíritu Santo. Y nosotros también tenemos que considerar eso, no como un remedio, sino como un compromiso de la poderosa virtud del Espíritu Santo; como un medio para fortalecer la fe; un punto de contacto y de comunión entre el enfermo y los miembros de la Iglesia que son llamados a unguirlo con aceite. *“Yo soy Yahvé tu sanador”* (Ex. 15.26).

## **Capítulo 31**

### **LA SALVACIÓN PLENA, NUESTRO MÁS ALTO PRIVILEGIO**

*“El entonces le dijo: Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas.”*  
(Lc. 15.31)

---

<sup>4</sup> Con la salvedad de Lucas 10.33, pero en este caso era una mezcla con vino. (N. del T.)

Por favor, veamos el capítulo 15 de Lucas, y leamos el verso 31: el Padre dijo: *“Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas”*. Algún tiempo atrás, cuando estuve en Northfield, me fue dicho por el señor Moody que la mejor cosa que él había oído en Keswick dos años atrás, fue este verso, dado por la despedida de un ministro como cierre o texto de cierre y el señor Moody se dijo a sí mismo: “¿Por qué no lo había visto antes?”

Podemos hablar grandes cosas, y escribir grandes cosas acerca del amor del padre al hijo pródigo, pero cuando pensamos de la manera en que él trató al hijo mayor, eso trae a nuestro corazón el verdadero sentido del maravilloso amor del padre; por eso quiero hablar de este verso.

Supongo que no hay pocos cristianos aquí que han obtenido “la salvación plena”; pero tal vez más de la mitad de los presentes no la ha obtenido, y si yo le preguntara “¿La tiene usted?”, usted probablemente me diría: “No entiendo lo que quiere decir con eso, ¿qué es?” Bueno el gran objeto de nuestra Convención es traerlo a que usted vea que la salvación plena le está esperando ahora, que Dios quiere que la experimente, y, si usted cree que no la tiene, queremos mostrarle cuan errado es estar si ella, y luego mostrarle como salir de la vida errada y entrar en la correcta aquí y ahora. Oh, que todos los que no tienen la experiencia oren muy humildemente: “Oh, Padre mío, tráeme al gozo completo de Tu salvación plena”.

Primero: el sublime privilegio de los hijos de Dios.

Segundo: la poca experiencia de muchos de ellos.

Tercero: la causa de esta gran discrepancia.

Cuatro: el camino de la restauración, o cómo obtener la salvación plena.

Primero, entonces, el hijo mayor, habiendo siempre estado con el padre, tenía - si quería - el privilegio de dos cosas: interminable compañerismo, e ilimitada asociación.<sup>5</sup> Pero él era peor que el pródigo, porque, si bien siempre estaba en casa, con todo nunca había sabido, ni disfrutado, ni entendido los privilegios que eran suyos. Toda esta plenitud de compañerismo le estuvo esperando y siendo ofrecido, pero no fueron recibidos. Mientras que el pródigo estuvo fuera de casa en un país lejano, su hermano mayor estaba lejos de disfrutar de un hogar mientras estuvo en la casa.

Interminable compañerismo. Un padre terrenal ama a su hijo, y se deleita en hacerlo feliz. “Dios es amor”, y Él se deleita en derramar Su propia naturaleza a Su pueblo. Tanta gente habla de que Dios esconde Su cara, pero hay solo dos cosas que causan que Dios haga eso: pecado o incredulidad. Nada más lo puede hacer. Es muy natural del sol el brillar, y no puede evitar brillar y brillar. “Dios es amor”, y, hablando con toda reverencia, Él no puede evitar amar. Vemos Su bondad hacia los impíos, y Su compasión a los que yerran, pero Su amor paternal es manifestado hacia todos Sus hijos. “siempre conmigo”, pero, usted dirá, “¿Es posible estar siempre feliz y morar

---

<sup>5</sup> La palabra en inglés “partnership” tiene más relación con un “socio de empresa”. (N. del T.)

con Dios?” Sí, ciertamente, y hay muchas promesas Escriturales en referencia a esto. Mire a la Epístola a los Hebreos, donde leemos de “*libertad para entrar en el Lugar Santísimo*”, cuán a menudo, también, habla David de esconderse en el “*secreto de Su tabernáculo*”, y “*habitando bajo la sombra del Todopoderoso*”.

Mi mensaje es que el Señor su Dios desea que usted viva continuamente a la luz de Su rostro. Su negocio, su temperamento, sus circunstancias - de las cuales usted se queja de que son un obstáculo - ¿son ellos más fuertes que Dios? Si viene y pregunta a Dios que brille en usted y sobre usted, verá y probará que Él puede hacerlo, y que usted como un creyente puede caminar todo el día y todos los días en la luz de Su amor. Eso es “*salvación plena*”. “*Siempre estás conmigo*”; yo nunca lo supe Señor, y por eso no lo pude disfrutar, pero ahora sé”.

Ilimitada asociación: “*Todo lo que tengo es tuyo*”. El hijo mayor se quejaba ante el padre sobre la hermosa recepción del pródigo, de toda la festividad y gozo debido a su retorno, cuando que a él nunca se le había dado siquiera un cabrito para que pueda gozarse con sus amigos. El padre, en la ternura de su amor, le respondió: “Hijo, siempre estuviste en mi casa; solo tenías que pedir y hubieses tenido todo lo que querías y deseabas”. Y eso es lo que nuestro Padre dice a todos Sus hijos. Pero usted está diciendo: “Soy tan débil, no puedo conquistar mis pecados, no puedo controlar hacer bien las cosas, no puedo hacer esto o aquello”. No, pero Dios puede; y todo el tiempo le está diciendo: “Todo lo que tengo es tuyo, porque en Cristo te lo he dado todo. Todo el poder y la sabiduría del Espíritu, todas las riquezas de Cristo, todo el amor del Padre; no tengo que yo tenga que no sea tuyo; Yo como Dios soy Dios, para poder amarte, guardarte, y bendecirte”. Así habla Dios, pero parece todo un sueño para algunos. ¿Por qué es usted tan pobre? La Palabra de Dios es verdad, ¿y no promete Él todo esto? Vean en Juan capítulos 14 al 16, como Él nos dice que podemos tener respuestas maravillosas a la oración si venimos en el nombre de Jesús y permanecemos en Él. ¿Realmente creemos que es posible para un cristiano vivir tal vida?

Ahora, hemos visto a este sublime privilegio el cual es para todos, así que pasamos a considerar nuestro segundo punto: La poca experiencia de muchos de los amados hijos de Dios. ¿Qué es esto? Justamente vivir en pobreza y con hambre. El hijo mayor, el hijo de un hombre rico, ¡viviendo en la máxima pobreza! - “nunca tuve un cabrito” cuando que todo lo que era del padre era suyo - exactamente el estado de muchos de los hijos de Dios. La forma que Él quiere que vivamos es en la plenitud de compartir todas Sus bendiciones, y con todo, ¡qué contraste!

Pregunte a alguien si su vida está llena de gozo; ¿qué?, ellos ni siquiera creen que es posible estar siempre feliz y santo. “¿Cómo podríamos conseguir esto en los negocios?” dicen ellos; y se imaginan que la vida de bendición plena posible para ellos debe ser una de suspiros, tristeza, y dolor.

He preguntado a una querida mujer en Ciudad del Cabo - una devota mujer cristiana - como la estaba pasando. Ella respondió que en su experiencia era algunas veces luz y otras tinieblas, y argumentó que, así como eso era en la naturaleza, la misma cosa sucedía en el reino de la gracia. Así que ella se dio por vencida a una miserable experiencia. Pero yo no leo en la Biblia que allí dice que tiene que haber

ninguna noche o tinieblas en la experiencia del creyente, por el contrario, leo: “*No se pondrá jamás tu sol*”<sup>6</sup>, y con todo aún hay muchos que actualmente creen que no hay nada bueno para ellos. Como ya lo dije antes, nada puede esconder a Dios de nosotros salvo el pecado y la incredulidad. Si usted está en pobreza espiritual, y no hay gozo, ninguna experiencia de victoria sobre el pecado, temperamento, yerros, ¿por qué es eso? “Oh”, dirá usted, “soy demasiado débil, por eso caigo”. ¿Pero no dice la Escritura que Él es “es poderoso para guardaros sin caída”?<sup>7</sup> Un ministro una vez me dijo que, si bien Dios es poderoso, el versículo no dice que Él está dispuesto a hacerlo. Dios no se burla de nosotros, amados; si Él dice que es poderoso, entonces es la prueba de Su deseo de hacerlo. Creamos la Palabra de Dios y examinemos nuestra propia experiencia a la luz de ella.

Nuevamente ¿está usted trabajando y llevando mucho fruto para Dios, y la gente por medio de su vida ve y dice “Dios está con ese hombre, manteniéndolo humilde, puro, y con una mentalidad celestial”? ¿O están ellos forzados a confesar que usted es solo el ordinario cristiano, fácilmente irritable, mundano, y sin una mentalidad celestial? Esa no es la vida que Dios quiere que vivamos hermanos. Tenemos un Padre rico, y así como ningún padre terrenal quisiera ver a sus hijos en harapos, o sin zapatos y una ropa apropiada, etc., tampoco lo quiere nuestro Dios; sino que Él desea llenar su vida con riquezas y ricas bendiciones. Cuántos maestros de Escuelas Dominicales hay que enseñan, y enseñan, y desean la conversión de sus estudiantes, y con todo no pueden decir que Dios los usa para la conversión de ninguno de ellos. Ellos se contentan en no tener un compañerismo con Dios, ninguna victoria sobre el pecado, ningún poder para convencer al mundo. ¿A qué clase usted pertenece? ¿A los de nivel bajo, a los de las posesiones plenas? Confiéselo hoy. Estos dos hijos representan dos clases de cristianos: el pródigo, apartado, apostatando; el hijo mayor, fuera de tener un compañerismo pleno con Dios. Ambos fueron igualmente pobres, y el hijo mayor necesitó un cambio tan grande como lo necesitó el pródigo; necesitó arrepentirse y confesar y clamar por sus plenos privilegios; y así deberían hacerlo los cristianos de bajo nivel, arrepentirse, confesar, y pedir por su salvación plena. Oh, ambos de ustedes, vengan hoy y digan: “Padre, he pecado”.

Ahora, preguntamos: ¿Cuál es la causa de esta terrible discrepancia? ¿Por qué la gran diferencia en la experiencia me pregunto? Pregúntese a usted mismo “¿Cuál es la razón por la cual no estoy disfrutando esta bendición completa? La Palabra de Dios habla de ella, y veo a algunos que están viviendo en ella.” Oh, pregunte la razón: venga a Dios y diga: “¿Por qué es que nunca vivo la vida que Tú quieres que viva?”

Encontrará la respuesta en nuestra historia. El hijo mayor tenía un espíritu de no ser como un hijo, y mantenía pensamientos errados acerca de su padre; y, si usted conociera el carácter real de su Padre, su vida hubiera estado bien. Usted dice, como si así fuese: “Nunca tuve un cabrito para gozarme; mi Padre es rico, pero Él nunca me lo da. He orado bastante, pero Dios no me responde. Oigo que otras personas dicen que Dios los llena y los satisface, pero Él nunca hace esto por mí.”

---

<sup>6</sup> Isaías 60.20

<sup>7</sup> Judas 1.24

Un querido ministro me dijo una vez que tal tipo de vida no era para cualquiera, que corresponde a la soberanía de Dios dar esto a quien a Él le placiera. Amigos, no hay dudas acerca de la soberanía de Dios. Él da Sus dones como a Él le place; no todos somos Pablos ni Pedros; los lugares a la derecha e izquierda de Dios están preparados para quienquiera que Él designe. Pero este no es un asunto de soberanía divina; es un asunto de herencia de los hijos. El amor del Padre ofrece dar a cada hijo la experiencia real de Su salvación plena. Ahora mire a un padre terrenal. Sus hijos son de varias edades, pero todos tienen el mismo derecho de al gozo de la presencia de su padre. Cierto, él da a su hijo de veinte años más dinero que al hijo de cinco, y tiene más de que hablar con su hijo de quince que con su hijo de tres; pero, con respecto a su amor por ellos, es el mismo, y en sus privilegios de hijos, todos son iguales. Y el amor de Dios hacia Sus queridos hijos es de igual manera. Oh, no trate de echar la culpa a Dios, sino diga: “He tenido duros pensamientos acerca de Ti, Oh Dios, y he pecado. Como padre he hecho por mis hijos lo que no creo que Dios sea capaz y desee para mí, y he fallado en no tener la fe de un niño”. Oh, crea en el amor, el deseo, y el poder de Dios para darle la salvación plena, y el cambio ciertamente vendrá.

Ahora consideremos el Camino de la restauración: cómo salir de esta pobre experiencia. El hijo pródigo se arrepintió y así deben hacerlo aquellos hijos de Dios que han estado viviendo con vista en Sus promesas, pero no disfrutándolas. La conversión es generalmente repentina y un largo arrepentimiento es usualmente una larga impenitencia. Muchos en la Iglesia de Cristo piensan que debe tomar mucho tiempo entrar en la salvación plena. Sí, lleva mucho tiempo si es que lo va a hacer usted mismo, pero efectivamente, nunca lo logrará. No. No, amigo; si usted viene y confía en Dios eso puede suceder en un momento. Por la gracia de Dios ríndase completamente a Él. No diga: “¿Qué sentido tiene? No va a servir de nada”; sino póngase usted mismo, mientras esté en pecado y enfermedad, dentro del pecho de su Padre. Dios lo liberará, y usted encontrará que es solo un paso salir de las tinieblas para entrar en la luz. Diga: “Padre, ¡cuán miserable he sido al estar contigo y con todo no creer Tu amor hacia mí!” Sí, vengo hoy con un llamado a “arrepentirme”; dirigido, no a los incrédulos, sino a aquellos que saben lo que es ser perdonado. Porque ¿no ha pecado usted sobre los pensamientos duros que ha tenido de Dios, y no ha habido allí un anhelo, sed, y hambre de algo mejor? Venga entonces, arrepíentase, y solo crea que Dios sí destruirá el pecado de su incredulidad. ¿Lo cree usted? Oh, no deshonre a Dios por su incredulidad, sino venga hoy y confiadamente pida la salvación plena. Luego confíe en que Él lo guardará. Esto parece difícil para algunos, pero no hay nada difícil acerca de esto. Dios hará brillar Su luz sobre usted siempre, diciendo: “Hijo, tú siempre estás conmigo”, y todo lo que tiene que hacer es morar y andar en esa luz.

Empecé diciendo que hay dos clases de cristianos: aquellos que disfrutan de la salvación plena, y aquellos que no entienden qué es eso. Bien, si para usted no está claro, pídale a Dios que se lo aclare. Pero si usted lo entiende, recuerde que es un acto definitivo. Solo déjese caer en los brazos de Dios, óigalo decir: “Todo el tiempo”; entonces usted diga: “¡Alabado sea Dios, yo creo, yo acepto, me rindo a Él, y creo que ahora Dios se da a Sí mismo a mí!”



## Capítulo 32

### VOSOTROS SOIS LOS PÁMPANOS<sup>8</sup>

“*Vosotros los pámpanos*”. (Juan 15.5)

¡Qué cosa más simple es ser una rama; la rama de un árbol o el pámpano de una vid! La rama crece de la vid, o del árbol, y allí vive y en su tiempo da fruto. No tiene ninguna responsabilidad excepto recibir de la raíz la sabia del tallo y la nutrición. Y si nosotros solo por el Espíritu Santo supiésemos nuestra relación con Jesucristo, nuestro trabajo será cambiado a ser lo más brillante y más celestial sobre la tierra. En vez de siempre ser un alma cansada y agotada, nuestro trabajo será como una nueva experiencia, uniéndonos a Cristo como nada más lo puede hacer. Porque ¡ay!, ¿no es a menudo cierto que nuestro trabajo se interpone entre nosotros y Jesús? ¡Qué necesidad! El mismo trabajo que Él tiene que hacer en mí, y yo para Él, lo tomo de tal manera que me separa de Cristo. Muchos obreros en la viña se han quejado de tener mucho trabajo, y no tener tiempo para una comunión estrecha con Jesús, y así el trabajo usual debilita su inclinación para orar, y que su mucho relacionamiento con el hombre oscurece al vida espiritual. Triste pensamiento, ¡que el llevar fruto separe a la rama de la vid! Eso debe ser porque hemos visto nuestra obra como algo más que la rama llevando fruto. ¡Que Dios puede librarnos de todo falso pensamiento acerca de la vida cristiana!

Ahora, solo unos pensamientos acerca de bendita vida de la rama.

En primer lugar, es una vida de absoluta dependencia. La rama no tiene nada: depende de la vid para todo. Esas palabras - dependencia absoluta - son una de las más solemnes, y amplias, y preciosas de las palabras. Un gran teólogo alemán escribió - algunos años atrás - dos grandes volúmenes para mostrar que el todo de la teología de Calvino está sumariado en ese solo principio de absoluta dependencia de Dios; y estaba en lo correcto. Si puede aprender a depender solo de Dios cada momento del día, todo va a estar bien. Usted tendrá una vida superior si depende absolutamente de Dios.

¿Debo entender que cuando voy al trabajo, o tengo que predicar un sermón, o dirigirme a una clase de Biblia, o ir a visitar a los pobres abandonados, que toda la responsabilidad de la obra está sobre Cristo?

Eso es exacto lo que Cristo quiere que usted entienda. Cristo desea que en todo su trabajo, el fundamento sea la simple y bendecida conciencia: Cristo debe tener cuidado de todo.

¿Y cómo Él retribuye la confianza en dicha dependencia? Él lo hace enviando el Espíritu Santo no solo de vez en cuando como un don especial, porque recuerde la relación entre la vid y la rama es tal, que a toda hora, todo el día, incesantemente, hay una relación viva que se mantiene. La sabia no fluye por un tiempo, y luego para, y luego fluye de nuevo, sino que momento a momento la sabia fluye de la vid a las

---

<sup>8</sup> Pámpano = rama, ramita, sarmiento, o retoño de la Vid.

La palabra que mayormente aparece en la Biblias en español, es “pámpano”, pero en la versión en inglés tal palabra se traduce “ramas”. Del original griego [kléma - G2814] se traduce *rama* o *retoño*. (N. del T.)

ramas. Y asimismo, mi Señor Jesús quiere que yo tome esa bendita posición como obrero, y, mañana tras mañana y día a día, y hora tras hora, y paso a paso, en cada tarea que tengo que realizar, solo permanezca ante Él en una simple y total impotencia de uno que no sabe nada, y no es nada, y no puede hacer nada. Absoluta dependencia de Dios es el secreto de todo el poder en la obra. La rama no tiene nada sino lo que recibe de la vid, y usted y yo no podemos tener nada sino lo que recibimos de Jesús.

Pero, en segundo lugar, la vida de la rama no es solo una vida de entera dependencia, sino de un profundo reposo. Oh, esa pequeña rama, si pudiera pensar, y si pudiera sentir, y si pudiera hablar, y si pudiéramos tener una pequeña rama hoy que nos pudiera hablar, y decirle: “Ven, rama de la vid, dime, quiero aprender de ti cómo yo puedo ser una verdadera rama de la Vid viviente” ¿cuál sería la respuesta? La pequeña rama susurraría: “Hombre, oí que tú eres sabio, y sé que tú puedes hacer muchas cosas grandes y maravillosas. Sé que tienes mucha fuerza y sabiduría que te han sido dadas, pero tengo una lección para ti: Con todo tu apuro y esfuerzo en la obra de Cristo, nunca prosperarás. Lo primero que necesitas es descansar en tu Señor Jesús. Eso es lo que yo hago. Debido a que yo crezco de la vid, he pasado años y años, y todo lo que he hecho es reposar en la vid. Cuando llega el tiempo de florecer, no tenía ni ansiedad ni me preocupé. La vid empezó a derramar su sabia en mí, y darme el brote y la hoja. Y cuando llegó el verano, y no me preocupé, y en el gran calor yo confié en que la vid me diera humedad para mantenerme fresco. Y en el tiempo de la cosecha, cuando el dueño viene a sacar las uvas, no me preocupé. Si algo había en la uvas que no fuese bueno, el dueño nunca culpó a la rama; la culpa siempre fue para la vid. Y si usted fuese una verdadera rama de Cristo, la Vid viviente, solo repose en Él. Deje que Cristo lleve la responsabilidad”.

Usted dirá: “¿No me hará eso perezoso?” Le digo que no. Nadie que aprende a descansar en el Cristo viviente puede volverse perezoso, porque cuanto más cercano sea el contacto con Cristo, más del Espíritu de Su celo y amor nacerá en usted. Pero, oh, ¡empiece a trabajar en medio de su entera dependencia agregando a eso un profundo reposo! Un hombre a veces trata y trata de ser dependiente de Cristo, pero se preocupa a sí mismo acerca de tener una dependencia absoluta: trata y no lo consigue. Pero déjelo hundirse con toda tranquilidad todos los días.

Descanse en Cristo, quien puede darle sabiduría y fuerzas, y usted no sabrá cómo ese reposo a menudo le probará de ser la mejor parte de su descanso. Usted pleitea con la gente y argumenta, y ellos captan la idea: Allí hay un hombre discutiendo y peleándose conmigo. Ellos solo sienten: Aquí hay dos hombres tratando el uno con el otro. Pero si deja que el profundo reposo de Dios venga sobre usted, el reposo en Cristo Jesús, la paz y descanso y santidad del cielo, ese descanso traerá una bendición al corazón, mucho más de las palabras que diga.

Un tercer pensamiento: La rama enseña una lección muy fructífera. Usted sabe que el Señor Jesús repitió esa palabra “fruto” a menudo en esa parábola; primero Él habló de llevar frutos, y luego de más frutos, y luego de mucho fruto. Sí, usted fue ordenado no solo a llevar frutos, sino mucho fruto. *“En esto es glorificado mi Padre, en que*

*llevéis mucho fruto*".<sup>9</sup> En primer lugar, Cristo dijo: "Yo soy la Vid, y mi Padre es el labrador, quien me encargó a Mi y a ustedes". Aquel que vela por la relación entre Cristo y las ramas es Dios; y es en el poder de Dios - a través de Cristo - que debemos llevar frutos.

¡Oh cristianos! Ustedes saben que este mundo está pereciendo por falta de obreros. Y no solo necesita más obreros. Los obreros dicen, algunos más formalmente que otros: "No solo necesitamos más obreros, sino que necesitamos que nuestros obreros tengan nuevo poder, una vida diferente; para que los obreros sean capaces de traer más bendiciones." ¿Qué se necesita? Hay una necesidad de una relación más estrecha entre el obrero y la Vid celestial. Cristo, la Vid celestial, tiene bendiciones que puede derramar sobre decenas de miles que están pereciendo. Cristo, la Vid celestial, tiene poder para proveer las uvas celestiales. Pero "ustedes son las ramas", y no pueden llevar frutos celestiales a no ser que estén en estrecha relación con Jesucristo.

No confunda trabajo con fruto. Puede que haya una gran cantidad de trabajo para Cristo que no es fruto de la Vid celestial. No busque solo el trabajar. ¡Oh!, estudie este asunto de llevar frutos. Significa la misma vida y el mismo poder y el mismo Espíritu y el mismo amor dentro del corazón del Hijo de Dios; significa la misma Vid celestial viniendo en su corazón y en el mío.

Esté en estrecha relación con la Vid celestial y diga: "Señor Jesús, nada que no sea la sabia que fluye a través de Ti, nada que no sea el Espíritu de Tu vida divina es lo que pedimos. Señor Jesús, oro para que dejes que Tu Espíritu fluya a través mío y todo mi trabajo hacia ti". Le digo de nuevo que la sabia de la Vid celestial no es otra cosa que el Espíritu Santo. El Espíritu Santo no es otra cosa que la vida de la Vid celestial, y lo que usted debe obtener de Cristo no es otra cosa que una fuerte infusión del Espíritu Santo. Usted lo necesita extremadamente, y no desee nada más que eso. Recuerde eso. No espere que Cristo le dé un poco de fortaleza aquí, y un poco de bendición ahí, y un poco de ayuda allá. Como la vida hace su trabajo dando su propia y peculiar sabia a la rama, así espere que Cristo le dé Su propio Espíritu Santo a su corazón, y entonces llevará mucho fruto. Y si usted solo ha empezado a llevar frutos, y está oyendo a la voz de Cristo en la parábola, "más fruto", "mucho fruto", recuerde que para que lleve más fruto, usted solo requiere de más Jesús en su vida y corazón.

Un cuarto pensamiento. La vida de la rama es una vida de estrecha comunión. Preguntémonos de nuevo: ¿Qué debe hacer la rama? Usted conoce esa preciosa, inagotable palabra que usó Cristo: "*Permanecer*". Su vida debe ser una vida de permanencia. ¿Y cómo debe ser esa permanencia? Debe ser exactamente como la rama en la vid, permaneciendo cada minuto del día. Allí están las ramas, en estrecha comunión, en inquebrantable comunión con la vid, desde Enero hasta Diciembre. ¿Y puedo vivir cada día - es para mí casi una cosa terrible que debemos hacer esa pregunta - en una comunión permanente con la Vid celestial? Usted dirá: "Pero estoy tan ocupado con otras cosas". Usted puede tener diez horas de duro trabajo diariamente, durante las cuales su mente tiene que estar ocupada con cosas temporales, Dios ordena esto. Pero la obra de permanecer es la obra del corazón, no de la mente;

---

<sup>9</sup> Juan 15.8

es la obra del corazón aferrándose y reposando en Jesús, una obra en la cual el Espíritu Santo nos liga con Cristo Jesús. Oh, crea que mucho más profundamente que la mente, bien en el fondo de la vida interior, usted puede permanecer en Cristo, para que cada momento su conciencia esté libre de decir: “Bendito Jesús, todavía estoy en Ti”. Si aprende por un tiempo a poner de lado otros trabajos y conseguir este permanecer constantemente con la Vid celestial, usted verá que el fruto vendrá.

¿Cuál es la aplicación a nuestra vida en relación a este permanecer en comunión? ¿Qué significa esto? Significa una estrecha relación con Cristo en secreta oración. Estoy seguro que hay cristianos que buscan una vida superior, y que algunas veces han tenido grandes bendiciones, y algunas veces han recibido un gran gozo celestial y han podido exteriorizar una gran alegría; pero después de un tiempo todo pasó. Ellos no han entendido que una estrecha, personal, y constante comunión con Cristo, es una necesidad absoluta para la vida diaria. Tómese su tiempo para estar a solas con Cristo. Nada en el cielo o en la tierra le puede liberar de la necesidad de eso si quieren ser unos cristianos felices y santos.

Oh, ¡cuántos cristianos miran eso como una carga, como un impuesto, como una tarea, y una dificultad, el estar mucho tiempo a solas con Dios! Este es el gran obstáculo en nuestra vida cristiana en todas partes. Necesitamos un compañerismo más tranquilo con Dios, y les digo en el nombre de la Vid celestial que ustedes no podrán ser unas ramas saludables, ramas en las cuales fluya la sabia celestial, a no ser que se tomen suficiente tiempo para su comunión con Dios. Si no está dispuesto a sacrificar tiempo para estar a solas con Dios, y darle tiempo todos los días para que obre en usted, y mantener el hilo de la conexión entre usted y Él, Él no podrá darle esa bendición de Su continuo compañerismo. Jesucristo le pide que viva en estrecha comunión con Él. Dejemos que cada corazón diga: Oh Cristo, esto es lo que busco, esto es lo que escojo”. Y Él alegremente se lo dará.

Y ahora mi último pensamiento. La vida de la rama es una vida de completa rendición. Esta palabra, completa rendición, es una palabra grande y solemne, y yo creo que no entendemos su significado. Y con todo, las pequeñas ramas predicán sobre eso. “¿No tienes nada que hacer, pequeña rama, aparte de llevar uvas?” “No, nada.” “¿Está preparado para nada?” “¡Preparado para nada! La Biblia dice que un pedacito de la vid no sirve para ser usada para nada;<sup>10</sup> no sirve para nada más que para ser quemada”. Y ahora, ¿qué entienden ustedes pequeñas ramas, acerca de su relación con la vid?” “Mi relación es solo esta: Estoy completamente entregado a la vid, y la vid me puede dar tanto más o menos sabia como lo desee. Aquí estoy a su disposición, ¡y la vid puede hacer conmigo lo que quiera!

Oh, necesitamos esta completa rendición al Señor Jesucristo. Este es uno de los puntos más difíciles de aclarar, y uno de los puntos más necesarios e importantes de explicar: lo que es esta completa rendición. Es una cosa fácil para un hombre o un grupo de hombres ofrecerse ellos mismos enteramente a Dios en completa consagración, y decir: “Señor, es mi deseo entregarme completamente a Ti”. Eso es de gran valor y a menudo trae muy grandes bendiciones. Pero la pregunta que me

---

<sup>10</sup> Ezequiel 15.1-4

gustaría estudiar detenidamente es: ¿Cuál es el significado de completa rendición? Significa que así como literalmente Cristo fue dado enteramente a Dios, yo soy dado enteramente a Dios. ¿Es eso muy fuerte? Algunos de ustedes piensan que sí. Algunos piensan que eso nunca puede suceder; que así como entera y absolutamente Cristo dio Su vida en no hacer nada más que buscar agradar al Padre - y dependía del Padre absoluta y completamente -, no debo hacer nada sino buscar agradar a Cristo. Pero es en realidad la verdad. Cristo Jesús vino a soplar Su propio Espíritu en nosotros para que podamos buscar nuestra felicidad más sublime en vivir enteramente para Dios, así como Él lo hizo. Oh querido hermano, si ése es el caso, entonces yo debería decir: “Sí, tan ciento como lo es para esa pequeña rama de la vid, por la gracia de Dios, lo tendría que ser para mí. Yo viviré día a día para que Cristo pueda hacer conmigo lo que Él desee”.

¡Ah!, aquí viene el terrible error que se encuentra en el fondo de tanto de nuestra religión. Un hombre piensa: “Tengo mi negocio y mis deberes familiares, y mis relaciones como ciudadano, y todo eso yo no puedo cambiar. Y ahora, además de todo eso, debo tomar la religión y el servicio a Dios como algo que me pueda apartar del pecado. ¡Que Dios me ayuda a realizar mis tareas apropiadamente!” Eso no es correcto. Cuando Cristo vino, Él vino y compró al pecador con Su sangre. Si hubiera un mercado de esclavos aquí, y yo fuera a comprar un esclavo, llevaría a ese esclavo a mi propia casa y lejos de todo lo que le rodea, y él viviría en mi casa como mi propiedad personal, y yo le podría dar órdenes todo el día. Y sí él fuese un esclavo fiel, viviría sin tener ningún deseo ni interés propio, siendo su único deseo promover el bienestar y honor de su amo. Y de esa misma manera, yo, que he sido comprado con la sangre de Cristo, he sido comprado para vivir cada día con un solo pensamiento: ¿Cómo puedo agradar a mi Amo?

Oh, encontramos la vida del cristiano tan difícil porque buscamos las bendiciones de Dios mientras vivimos para nuestros propios intereses. Estaríamos contentos de vivir nuestra vida cristiana de acuerdo a lo que nos gusta a nosotros. Hacemos nuestros propios planes y elegimos nuestros propios trabajos, y luego pedimos al Señor que venga y cuide para que el pecado no nos conquiste tanto, y que trataremos de no errar tanto; le pedimos que venga y nos dé muchas de Sus bendiciones. Pero nuestra relación con Jesús debe ser una que esté completamente a Su disposición, y cada día venir a Él humildemente y sin rodeos, y decir: “Señor, ¿hay algo en mí que no está de acuerdo a Tu voluntad, que no haya sido ordenado por Ti, o que no haya sido enteramente entregado a Ti?” Oh, si pudiéramos esperar y esperar pacientemente, florecerá una relación entre nosotros y Cristo tan cercana y tan tierna que luego de eso nos asombraríamos de cuán lejana y distante había sido nuestra comunicación con Él.

Yo sé que hay muchas y grandes dificultades acerca de este asunto de la santidad; yo sé que no todos piensan exactamente lo mismo en relación a eso. Pero eso para mí sería un asunto de comparativa indiferencia si pudiera ver que todos están honestamente buscando ser libres de todo pecado. Pero me temo que inconscientemente hay en los corazones un compromiso con esta idea: “No podemos estar sin pecado; debemos pecar un poco cada día, no lo podemos remediar”. Oh, que

esas personas en realidad clamen a Dios: “Señor, ¡guárdame del pecado!” Dese por completo a Jesús, y pídale que Él haga todo lo que pueda para guardarlo del pecado.

En conclusión, déjeme ponerlo todo en una palabra. Cristo Jesús dijo: “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos”. En otras palabras, “Yo, el que Vivo, que completamente me di a ustedes, soy la Vid. Ustedes pueden confiar en Mí. Yo soy el Obrero Todopoderoso, lleno de una vida divina y poder”. Cristianos, ustedes son los pámpanos del Señor Jesucristo. Si hubiere en sus corazones esta conciencia: “Yo no soy una rama fuerte, saludable, que lleva fruto, no estoy tan estrechamente cercano a Jesús, no estoy viviendo en Él como debería”, entonces óiganlo a Él decir: “Yo soy la Vid, yo les recibo, Yo les voy a traer a Mí mismo, Yo les voy a bendecir, Yo les fortaleceré, Yo les llenaré con Mi Espíritu. Yo, la Vid, les he elegido para que sean mis ramas; Yo me he dado completamente a ustedes, dense por entero a Mí. Me he rendido absolutamente a ustedes como Dios; Me hice hombre y morí por ustedes para poder ser enteramente de ustedes. Vengan y ríndanse enteramente a Mí”.

¿Cuál debe ser nuestra respuesta? Oh, que sea una oración de lo profundo de nuestro corazón, para que el Cristo viviente nos tome a cada uno y nos atraiga a Él. Que nuestra oración sea que Él, la Vid viviente, nos atraiga a cada uno a Él mismo de modo a que podamos proseguir nuestro camino con nuestros corazones cantando: “Él es mi Vid, yo soy su rama; no quiero nada más, ahora tengo la Vid eterna”. Entonces, cuando estén a solas con Él, adórenlo, alábenlo y confíen en Él, ámenle y esperen por Su amor.

“Tú eres mi Vid, y yo soy tu pámpano. Es suficiente, mi alma está satisfecha.”

¡Gloria a Su bendito nombre!

\*\*\*\*\*